

CÁRCEL DE ACERO

CLARK CARRADOS

Cárcel de acero

Cárcel de acero

Por

Clark Carrados

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A
Arnaldo de Oms, 51-58
BARCELONA

Depósito legal: B. 7438 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

G. Peralta. - Pasaje de Nuria, 8. – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



IEMPRE vestía de gris. Era el suyo un traje de dos piezas, unido en la cintura, ceñido en los tobillos y abrochado por el cuello siempre hasta arriba, a un lado. Llevaba un cinturón de brillante plástico negro, una estupenda imitación a la piel del cocodrilo, pero nunca había colgado de él un arma. Bien mirado, tampoco le era necesario.

Había algo sobre su pecho que suplía a cualquier clase de arma: tres letras, en rojo, que solían hacer volver la vista a la mayoría de quienes las leían. Tres letras: O.E.S., iniciales de Oficial Ejecutivo de Seguridad, y estas tres letras le conferían un poder casi ilimitado sobre todos cuantos viajaban en la astronave.

El gris de su traje, muy oscuro, era en él bastante más sombrío que el color negro de otros uniformes de a bordo, el de los psicopolicías, por ejemplo. En él resultaba siniestro, deprimente... y poderoso.

Tenía un nombre: Kerl. Del apellido nadie se preocupaba. Pero la mayoría le llamaba por muchos nombres. Algunos de ellos eran francamente insultantes. Otros, resultaban impublicables. Y había algunos, en fin, que sólo podían pensarse, aunque no faltaba quien sustituía el nombre de Kerl por un escupitajo cuando se le citaba en las conversaciones.

Kerl era alto, delgado, pero fuerte. Pocos habían visto distenderse sus finos labios en una sonrisa. Pocos habían visto sus acerados ojos brillar con la luz de la simpatía y la comprensión. Casi todos estimaban que sus angulosas mejillas eran dos arietes que iban a caer sobre uno en el momento menos pensado, pulverizándolo y convirtiéndolo en un impalpable fragmento de la nada.

Su autoridad era casi indiscutible. Era el responsable de la seguridad a bordo de la nave y quince mil personas viviendo dentro de un buque estelar solían dar bastante trabajo. Pero muchos de ellos arreglaban entre sí sus diferencias con tal de no recurrir a Kerl.

Este lo sabía de sobra y cerraba los ojos ante tales infracciones del severo reglamento de a bordo. No intervenía, salvo en casos muy serios o que le fueran previamente denunciados. Entonces estudiaba el delito y las circunstancias de quien había cometido la infracción, y hacía aplicar la pena prevista por la ley. Con justicia, con equidad, pero también con la misma inhumana frialdad que lo hubiera podido hacer cualquiera de las numerosas máquinas que había en el interior de la poderosa astronave.

Algunos le llamaban verdugo. Ya llevaba mucho tiempo en el cargo y en cierta ocasión, tan lejana que casi no se acordaba ya nadie de ella, un tripulante había cometido un homicidio. La penalidad a aplicar, dadas las circunstancias en que había ocurrido el suceso, era clara, pero los previsores humanos que redactaron el código por el que había de regirse la vida a bordo, se olvidaron de algo: un ejecutor de la justicia, un verdugo, en suma. La «vox populi» decía que él mismo había sido ambas cosas: juez y ejecutor; y, en efecto, tal cosa tenía ciertos visos de posibilidad, porque, después del juicio y subsiguiente condena, nadie había visto vivo al homicida.

Kerl estaba solo casi siempre. Alguna vez alternaban con él algunos de los altos oficiales de la nave: el capitán de Rutas, el intendente, el supervisor de Máquinas, el psiquíatra... pero todos, o la mayoría, por asuntos de servicio y siempre por el tiempo mínimo. Y Kerl no se quejaba de aquel aislamiento.

Nadie, en efecto, le había oído nunca proferir una queja contra la hostilidad general. Pasaba a través de ella con la misma facilidad que la roda de una nave hiende el agua, apartando a ambos lados de sí, aunque luego se uniese en una estela a sus espaldas. Él no hacía caso de tales minucias y seguía cumpliendo con su deber.

Naturalmente, su autoridad no era total. Había, por encima de Kerl, una especie de Consejo que, incluso llegado el caso, podía llegar al destituirle y degradarle de rango, convirtiéndole en un mero tripulante, sencillo observador de manómetros. Pero el Consejo, compuesto por los más altos y conspicuos oficiales de a bordo, no se había atrevido nunca a dar aquel paso. Para ellos, la destitución de Kerl, parecía un Rubicón que todos deseaban franquear, pero en cuyas aguas nadie se atrevía a aventurar el pie ni siquiera para mojarse el tobillo en una tímida propuesta encaminada a tal efecto.

Y era que —Kerl lo sabía perfectamente—, todos estaban convencidos de

su utilidad. Sin... su mano dura, la disciplina en el interior de la nave haría ya mucho tiempo que se habría relajado, desapareciendo totalmente. Kerl la sabía conservar y, si algo había útil dentro de aquel colosal navío, era precisamente la disciplina. Pocos como Kerl se hubieran atrevido a, una vez estudiada una denuncia, pronunciar una sentencia y hacerla cumplir de modo inapelable. Kerl lo hacía y, gracias a ello, el orden y la paz estaban asegurados dentro de la nave.

Nadie sabía su edad, aunque por sus facciones y la suave agilidad de su cuerpo —la cual había experimentado, a sus costas, más de un rebelde—, daba la sensación de estar comprendida entre los 30 y los 35 años. Era fácil saberlo, consultando los archivos de a bordo, pero ¿quién era el guapo que pedía tal cosa al archivero?

La nave. Era inmensa, colosal, midiendo acaso más de mil metros de longitud por trescientos de grueso. Viajaba por los espacios siderales desde hacía ya casi un siglo, y en su interior llevaba una densa población que había emigrado de la Tierra, anhelando hallar un nuevo planeta para colonizarlo, al mismo tiempo que huía de aquel apretado enjambre que llenaba el globo materno hasta límites realmente inconcebibles.

Los tripulantes originarios de la nave no habían pasado de quinientos. Ahora eran más de quince mil y los había de ambos sexos. Desde hacía casi un siglo, se producían dentro de la nave nacimientos, matrimonios y defunciones. Exactamente igual que en una ciudad terrestre, cuyo vigilante jefe era Kerl.

Los constructores de la nave pensaron que el viaje podía ser largo y habían acondicionado el artefacto para que sus ocupantes lo pudieran resistir. Dentro de la misma se producía, de modo sintético y artificial, todo cuanta se precisaba para la vida a bordo. No se producían desechos; todos los desperdicios eran aprovechados y transformados de nuevo en hidratos de carbono, proteínas, grasas, azúcares... que eran ingeridos bajo formas apetitosamente distintas, con sabores también distintos, con el fin de no enmohecer los sentidos más directamente relacionados con la humana función de la alimentación.

El aire se renovaba y se producía también a bordo. En extensas zonas de granjas se cultivaban toda clase de plantas, especialmente las que producían más oxígeno, y su cuidado estaba al cargo de expertos, quienes vigilaban con terrible celo sus posesiones. Arrebatar un tomate o una manzana de los que allí crecían era un delito terrible, severamente penado, y nadie lo hacía. Sin embargo, la vigilancia persistía «día y noche».

Porque allí, dentro de la astronave, también había día y noche. Lo mismo que en la Tierra. Naturalmente, las estaciones meteorológicas habían sido suprimidas y en su lugar reinaba una temperatura constante y agradable, inferior a la tropical. Sin embargo, al cabo de unas catorce horas de luz, se producía un suave «crepúsculo» que conducía a la noche, durante la cual, la mayor parte de la iluminación de la nave era suprimida hasta la «aurora» de la

mañana siguiente, que en diez minutos dejaba paso al día. Después de la llegada de la noche, las luces de los departamentos individuales, salvo los considerados como estrictamente oficiales, podían estar encendidas hasta las «diez y media» de a bordo. A partir de esta hora era preciso apagarlas, excepto los «sábados» en que se permitía, tenerlas encendidas hasta la una de la madrugada.

Y así, día tras día, año tras año, la nave había volado raudamente a través del espacio, en busca de un planeta hasta ahora no habido, sin que quienes la gobernaban se hubiesen sentido desfallecer jamás. Los nacimientos y las defunciones se habían producido, éstas en menor número que aquéllos, gracias a lo cual, el número de habitantes de la nave había ido aumentando gradualmente hasta llegar a aquella población.

Aquel «día», Kerl estaba estudiando los últimos informes recibidos. Sabía del descontento existente a bordo y sabía también que este descontento podía cristalizar en cualquier momento como un motín. Posiblemente tomarían su despotismo como pretexto para lanzarse a la revuelta, pero lo cierto era que, de algún tiempo a aquella parte —lo cual se notaba fácilmente en el ambiente —, los nervios estaban a flor de piel y podían estallar en el instante menos previsible.

Alguien tocó con los nudillos en la puerta de su despacho. Kerl alzó la cabeza.

Su voz era inexpresiva al decir:

—¡Adelante!

Un hombre penetró en la cámara. Vestía uniforme de color anaranjado y en su pecho se veía una letra y un número: S-35. Agente de Seguridad número 35.

Pero Kerl los conocía a todos por su nombre.

—¿Qué hay, Morghorn?

—Dina de Vaast y Juan Pérez desean verle, señor.

—¿Asunto?

—Matrimonio, señor.

Kerl apretó los labios. Sabía lo que iba a ocurrir y sabía, también, que se iba a ganar dos nuevos enemigos más. Pero no podía hacer otra cosa que cumplir con su deber.

—Bien, hágales pasar, Morghorn.

Entraron. Tímidamente, cogidos de la mano como para infundirse valor. Ella era graciosa y menuda. Él, de mediana estatura, cabello negro y ojos brillantes, mandíbula adelantada, indicando resolución y juvenil energía.

A pesar de todo, los viejos tratamientos no habían sido abolidos. Kerl indicó a la pareja sendas sillas.

—Señorita De Vaast... Señor Pérez.

Se sentaron frente a él, muy tiesos y erguidos, en el borde de las sillas. Para animarlos, Kerl esbozó una sonrisa.

—Bien, ustedes dirán.

Juan miró a Dina; ésta le devolvió la mirada. El muchacho carraspeó y al fin se decidió.

—Señor, Dina y yo nos amamos... ¡Hem!... y desearíamos casarnos.

—Una idea muy loable, señor Pérez. Lástima que, por el momento, me vea obligado a denegar la autorización pertinente.

—¡Señor! —se dolió la muchacha.

Kerl la miró; parecía casi una niña. Le dio lástima, pero lo disimuló tras su habitual máscara de impasibilidad.

—No pueden hacerlo. Lo siento.

—¡Señor, Dina y yo nos amamos!

—Repito que lo siento, señor Pérez. Deben esperar.

—¿A qué? ¿A qué hemos de esperar, señor? —protestó el joven, casi chillando.

—Un momento, por favor —rogó Kerl, y apretó un botón que tenía al alcance de la mano.

Un fichero se le acercó rodando. Kerl giró a su izquierda y tiró de un cajón. Sacó una ficha y la estudió durante unos segundos.

Después volvió a mirar a la pareja.

—Un año y cinco meses, más o menos —respondió al cabo.

—¡Año y medio! —exclamaron, al unísono, Juan y Dina.

—Justamente. Éste es el tiempo que, aproximadamente, va a vivir Peter Grourt.

—¿Tenemos que esperar a que muera Grourt para poder casarnos?

Kerl asintió.

—Así es, señor Pérez; y me extraña su asombro. Usted conoce la ley, como todos. No es posible conceder una autorización de matrimonio sin que haya habido una, digamos, vacante. La única, disponible, para ustedes, por el momento, es la del señor Grourt.

Hubo una pausa.

—Pero Lucien de Tarbes está agonizando, señor —objetó Juan.

—Su vacante corresponde a otra pareja que lo solicitó con anterioridad a ustedes —repuso impasible Kerl—. Cuando haya muerto Lucien de Tarbes; salvo accidentes, no se producirá otra muerte hasta la de Grourt.

Las manos de Juan se crisparon.

—No debe enfadarse, señor Pérez. La ley es obvia y objetiva y lo ha previsto todo en este sentido. Todavía no sabemos cuánto durará el viaje ni, por tanto, cuándo encontraremos un sitio donde aterrizar y fijar nuestra definitiva residencia. El problema de la superpoblación de la nave aumenta casi diariamente y es algo con lo cual debemos contar con toda seriedad.

—¿Hasta cuándo durará este maldito viaje? ¿Cuándo aterrizaremos de una vez? —estalló Juan—. Desde que nací, hace veinticinco años, no oigo otra cosa que lo mismo: «Cuando aterricemos...» Pero aquí uno se harta de ver paredes y paredes de acero, siempre el mismo panorama, el mismo paisaje, las mismas caras... Es preciso hacer algo; este viaje dura bastante... hace ya casi

un siglo que la nave vuela por el espacio. Mi padre nació y murió aquí... y yo no quiero que a mí, ni a mis hijos, nos ocurra lo mismo... ¡Hemos de aterrizar! ¡Cuanto antes!, ¿lo oye?

Kerl intentó tranquilizar al excitado.

—Sosiéguese usted, señor Pérez. No por gritar conseguirá ganar más terreno. Comprenda la situación y... como usted mismo ha dicho, todavía es joven.

Juan miró malignamente a Kerl.

—Ahora comprendo todo cuanto dicen de usted. Frío, inhumano, en lugar de corazón tiene un pedazo de acero. ¿Qué podría importarle una autorización más o menos? Pero no; tiene que atenerse al reglamento. El reglamento ante todo y sobre todos. Sobre todos nosotros... presos de esta cárcel del espacio. ¡Váyanse usted y su maldito reglamento al diablo!

Dina intentó contener al enfurecido Juan, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. El joven barboteaba imprecaciones cada vez más subidas de tono y sus labios aparecían cubiertos de una blanca espumilla.

—¡Juan! ¡Por Dios, cálmate!

—¡Déjame! ¡Tengo que decirle a este verdugo cuatro verdades que no ha oído todavía! No me importa que después me cuelguen, pero ahora...

—¡Juan Pérez! —gritó Kerl, poniéndose en pie—. ¡Silencio!

El muchacho rió sonoramente.

—¿Piensa que le tengo miedo... «verdugo»? Pues no; no me asusta usted ni los tipos de su calaña... sí, ésos de la «ese» en negro. Yo digo siempre lo que pienso...

Kerl salió de detrás de su mesa, dispuesto a cancelar el penoso incidente. Tomó por el brazo al irascible muchacho, pero éste se desasió.

—¡Suélteme! ¡No me toque! ¡Me da... asco! —y pronunciadas estas palabras, Juan, ciego por la cólera, escupió al rostro de Kerl.

Después de aquella insólita acción, cayó sobre la estancia un gran silencio.

Muy lentamente, Kerl se pasó el dorso de la mano por la mejilla. Juan le miraba estúpidamente, con los ojos muy abiertos, en tanto que en su cerebro se iba abriendo paso la comprensión de lo que había hecho.

De pronto, Dina se arrojó sobre él, abrazándole estrechamente.

—¡Juan, oh, Juan! ¿Qué has hecho, Dios mío?

El muchacho, repuesto a medias, habló con voz ronca:

—Lo... lo siento, señor; me dejé llevar de los nervios —y de repente se atirantó—. Estoy pronto a recibir el castigo correspondiente, señor.

Kerl le miró fijamente.

—Váyase. Y usted, con él, señorita De Vaast. Trate de calmarle los nervios y convencerle de que deben esperar el plazo señalado.

Juan abrió la boca.

—¿No... no me va a castigar, señor?

—Me lo pensaré —repuso Kerl impasible—. Ahora, se lo ruego, tengan la bondad de retirarse. Deseo estar a solas.

La pareja se retiró en silencio, dejando en la cámara a Kerl, el cual, con paso lento, se aproximó al gran tragaluz de grueso cuarzo que había tras su mesa.

Contuvo los deseos que sentía de fumar un cigarrillo. El tabaco estaba severamente racionado y sólo como alivio de la monótona existencia a bordo de la nave era tolerado su uso.

Las estrellas brillaban frías, quietas, inmóviles frente a él, contemplándole burlonamente con sus ojos coloreados. «Estamos demasiado lejanas para ti», decían, y Kerl, instintivamente, apretó los puños, como si quisiera golpear a aquellos distantes astros que se mofaban de él.

Luego pensó en Juan y Dina. No, no tomaría ninguna decisión en contra del muchacho. Hasta cierto punto, comprendía su actitud y esto le hacía ser benévolo y comprensivo con él. El caso de Juan no era el único, ni lo sería, ni lo había sido. Pero la nave se iba poblando peligrosamente y no estaba muy lejano el día en que tendrían que tomar una seria decisión.

¿Cuál sería esta decisión? ¿Prohibir totalmente los matrimonios? ¿Limitar el tiempo de existencia? Kerl sabía que dentro de poco tiempo, un año, dos, cuando más, tendría que plantear el problema ante el Consejo. Y éste se vería, obligado a tomar una decisión que él sería el encargado de hacer acatar y cumplir. Un nuevo motivo más de odio que añadir a la larga lista de los que los habitantes de la gigantesca nave tenían contra él.

Pero esto a Kerl le tenía sin cuidado. Era el encargado de llevar la nave a puerto y lo haría... si vivía lo suficiente. Si esto no ocurría, si su vida se extinguía antes de que el inmenso navío hubiera, hallado un planeta apto para la vida, Kerl sabía que tras él habría otro hombre de idénticas condiciones, de férreo carácter, con la energía y la decisión suficientes para ejecutar la misión. Y —suspiró—, dentro de poco tendría que empezar a buscar su substituto.

Una voz le sorprendió, cortándole bruscamente sus pensamientos.

—¿Molesto?

Se volvió. Desapareció de su rostro la expresión de abatimiento que había asomado a él durante unos momentos y adoptó la habitual, fría, reservada, distante.

—No estaba trabajando, señorita Queller —respondió, contemplando fijamente a la muchacha que tenía ante sí.

Rhona Queller era alta, esbelta, tenía el cabello rubio y en sus ojos grises se advertía una expresión de serena confianza en sí misma, debido quizá a su reposado carácter. El traje que llevaba, parecido al de Kerl, en color azul claro, moldeaba ajustadamente las finas líneas de su joven cuerpo, que no había alcanzado todavía el cuarto de siglo.

El dorado círculo que se veía en, su hombro izquierdo, indicaba que la joven pertenecía a máquinas y, en efecto, era el segundo ayudante del maquinista jefe.

Llevaba en sus manos un fajo de papeles y se quedó inmóvil, a corta distancia de la mesa.

—Los informes de los nuevos aspirantes, señor —dijo ella, en tono oficioso.

—Déjelos ahí —indicó Kerl.

La muchacha obedeció. Pero no se movió del lugar que ocupaba y Kerl enarcó una ceja inquisitivamente.

—¿Esperaba algo más de mí, señorita Queller?

Ella pareció vacilar un momento.

—Sí... señor; deseaba hablarle.

—¿Acerca de quién, señorita?

—De dos jóvenes que acaban de salir ahora mismo de aquí, señor.

Kerl hizo un gesto de sorpresa.

—Esto es nuevo para mí —murmuró.

—¿Está seguro?

—¿Por qué lo dice, señorita Queller?

—Digo que si está seguro de que es la primera vez que deniega una licencia de matrimonio.

Kerl frunció el ceño; estaba viendo venir a la joven, y ello le desagradaba. Mas, antes de que pudiera dar su respuesta, el zumbador de su jntercomunicador empezó a sonar.

Kerl movió la palanquita y una voz hombruna penetró al instante en la cámara.

—Señor, los instrumentos señalan la proximidad de un planeta.

—Muy bien —contestó Kerl—. Aliste una patrulla exploratoria en la forma usual. Esto es, si las condiciones del planeta permiten el desembarco. Deme cuenta cuando todo esté listo.

—Sí, señor —y al momento, la voz se desvaneció. Después de cortar la comunicación, Kerl se volvió hacia la joven, que había permanecido inmóvil ante él durante el corto diálogo.

—Siéntese, señorita Queller —dijo—. Estábamos hablando de una solicitud de licencia de matrimonio denegada, ¿no es así?

CAPÍTULO II



ESPUÉS de unos segundos de silencio, Kerl reanudó la charla con la muchacha.

—No es la primera vez que me veo obligado a denegar una autorización de matrimonio, señorita Queller. Lo sabe tan bien como yo, pero en cambio ignora que es usted la primera persona que viene a pedirme favor para esos enamorados.

Rhona se sonrojó vivamente. Dijo:

—Parece que haya adivinado usted mis pensamientos, señor.

—De otra forma, ¿para qué hubiera querido usted hablarme de Juan y Dina? ¿No es cierto lo que yo he dicho?

—Debo admitirlo, señor —dijo resueltamente Rhona Queller.

—Muy bien. Entonces, ¿qué pensaba usted alegar en favor de la pareja?

—Pues... —y Rhona sonrió débilmente—; no lo sé exactamente, señor.

—Deje ese tratamiento. Llámeme Kerl, a secas. Usted iba a decirme que era una lástima que dos enamorados no pudieran unirse en matrimonio, que el amor es el sentimiento más puro de la juventud y, etcétera, etcétera... ¿Lo admite, Rhona?

Ella asintió.

—Sí, Kerl.

Él preguntó, tras una pausa:

—¿Vino aquí sola o le enviaron ellos?

Rhona sacudió orgullosamente la cabeza.

—No; todo cuanto he hecho ha sido por mi propia voluntad, Kerl.

Éste se levantó de repente y se apoyó en la pared, junto a la lucerna. Su pulgar señaló un instante a las estrellas.

—Véalas usted, Rhona. Están ahí, aguardándonos desde hace siglos... no sólo a nosotros, que no llevamos cien años dentro de la nave, sino a toda la humanidad. Aún no se ha cumplido el viejo sueño del hombre: llegar a las estrellas. Nosotros, lo estamos intentando... y fracasando desde hace, decenas de años. Ninguno de los planetas que hemos visitado reunía las condiciones mínimas de vida que podemos exigir al mundo que estamos dispuestos a fundar, Rhona. No sabemos si ése que acaba de avistarse será una etapa más,

llena de fracaso y fraude cómo las otras, o, por el contrario, se convertirá en la estación final de nuestro viaje.

Pero hemos hecho ya tantos altos en nuestro camino, muchos de ellos antes de que usted y yo naciéramos, que un fracaso más no debería sorprendernos. Y, sin embargo, si vemos que es preciso seguir adelante, nos desmoralizaremos, lloraremos, crujirán nuestros dientes y nos maldeciremos mutuamente incluso hasta el paroxismo. Y a pesar de todo, seguiremos nuestra ruta. Sin detenernos, caminando con los ojos puestos en una remota esperanza que se va alejando a medida que vamos ganando terreno. Como el judío Ashaverus, el errante que fue condenado a andar hasta la consumación de los siglos.

—Pero nosotros no hemos cometido su pecado, Kerl —protestó la muchacha.

—Cierto, pero no es menos verdad que también andamos en busca de nuestro descanso definitivo.

—Hasta ahora, todos lo alcanzaron dentro de la nave, Kerl —dijo ella suavemente.

Kerl sacudió la cabeza.

—No, no me refería yo a ese descanso, si no al que supone llegar a nuestra tierra de promisión y descansar allí, donde hay un cielo azul y un suelo verde, como el que dicen hay en la Tierra. Descansar de nuestra eterna condena de vagar por el espacio; descansar de las obligaciones generales y entregarse a las particulares; descansar, en fin... Pero ¿para qué seguir, si usted, Rhona, lo sabe tan bien como yo? ¿No es cierto?

—Sí, Kerl. Sin embargo, lo que no alcanzo a explicarme es por qué toda esta disertación ahora.

—Para que usted comprenda mis razones ante Juan y Dina —dijo él sin pestañear—. ¿Cree que lo hago por inhumanidad o porque pienso en el futuro de nuestra nave? Dese cuenta de lo que ocurrirá si no hemos hallado un planeta habitable antes de cuarenta o cincuenta años, Rhona. ¿Dónde, cómo y cuándo viviremos? ¿Tendremos que arrojar el sobrante de personal al espacio?

«Usted misma ha podido darse cuenta de lo que sucede. La nave está empezando a atestarse. Es cuestión de muy poco tiempo, la mitad del que llevamos volando, el que alcance el límite de su capacidad. No me refiero a la capacidad considerando objetivamente la palabra, sino a todo cuanto ésta puede englobar. Me refiero a la producción, transformación y distribución de víveres, sin contar con la de oxígeno. El consumo, ahora, es ligeramente inferior a la producción. Dentro de poco, se habrán equiparado ambos. Para el plazo fijado, aquél habrá sobrepasado ampliamente a ésta y... ¿se ha detenido a pensar en las consecuencias que pueden sobrevenir como resultado de tener una población de más de treinta mil almas —las que habrá para entonces—, a media ración? ¿Se ha detenido a meditar las ingentes cantidades de oxígeno que consumen esas treinta mil personas y que nuestras máquinas apenas si

podrían alcanzar?

Rhona se turbó y bajó la vista.

—Me gusta admitir mis errores, Kerl —dijo.

—Esto le honra sobremanera, Rhona. Celebro haberla convencido.

La joven alzó vivamente la cabeza.

—Convencido no es la palabra exacta, Kerl. Digamos mejor obligado a admitir mi equivocación. Jamás podrán convencerme del error, físico y psíquico, que supone la denegación de una licencia de matrimonio. Sus razones son estrictamente justas, Kerl, pero demasiado frías.

—Lo siento —dijo él, envarándose—; yo no hago sino aplicar la ley.

—A veces —murmuró ella—, de un modo demasiado estricto, Kerl.

—No hay más que una forma de cumplir la ley, Rhona, porque la ley es una sola y no admite discriminación. Ni siquiera la establecí yo; ya lo estaba antes de mi nacimiento... y por supuesto del suyo, Rhona.

Ella lanzó un suspiro. Se puso en pie.

—A pesar de todo, no coincidimos, Kerl. Siento haberle molestado.

—Nada de eso; por el contrario, me agradó mucho la conversación. Yo... bien, quisiera decirle que me gustaría repetirla y...

Kerl se calló de repente, viendo el rostro serio de la muchacha.

Las facciones de Kerl se endurecieron.

—Olvídelo —dijo—. Conozco la fama de que disfruto y sé que mi compañía no le haría ningún bien. De todas formas, la agradezco este momento de charla.

Ella pareció ir a hablar un momento y desvirtuar su anterior y desafortunado gesto, pero se contuvo.

—Desearía diera usted su aprobación cuanto antes a estos informes —dijo, señalando los papeles que llevara antes.

—Muy bien; se los enviaré apenas los haya estudiado.

—Adiós.

—Adiós.

No se dijeron más. Kerl la estuvo contemplando hasta que desapareció y luego volvió cansadamente su rostro hacia las estrellas que parecían más burlonas que antes.

Por un momento se sintió tentado de echarlo todo a rodar y dimitir. Pero se sentía responsable de todo y de todos. Había recibido, de manos de su antecesor, una pesada carga y no podía flaquear. Ocurriera lo que ocurriera, pese a todos los contratiempos, su deber era llevar, aun no siendo estrictamente un astronauta, la nave a buen puerto. O por lo menos hacer que la llevaran. Su sucesor tendría que encargarse de ello si a él no le alcanzaba el tiempo. Pero mientras viviera no podría desertar. Tenía que seguir o morir.

Cuatro días más tarde alcanzaron el planeta avistado.

Desde su propia cámara, Kerl contempló la superficie del globo, situada la nave a una altura inferior a los mil metros.

Los poderosos mecanismos de la nave permitían inmovilizar a ésta a

cualquier altura sobre el terreno, siempre que la gravedad no sobrepasara en dos veces la normal terrestre. Y los indicadores de a bordo, según los informes recibidos, señalaban una gravedad de 1’12, es decir, apenas un diez por ciento más de lo corriente. El consumo de energía no era, pues, exorbitante ni antieconómico y podían mantenerse en la misma posición durante largas horas.

El suelo parecía normal visto desde la altura, pero Kerl sabía que esto era sólo la apariencia. Había visto más de un planeta en sus casi siete lustros de vida y conocía los fracasos obtenidos por las patrullas exploratorias. No sabía por qué, acaso se tratase de un oculto presentimiento, pero aquel planeta no acababa de gustarle. El cielo era demasiado azul y la tierra que tenía bajo sus pies demasiado verde. Kerl sabía que el día en que avistaran el planeta-término el corazón se lo diría mucho antes que todos los informes, personales y mecánicos.

Lentamente, la astronave fue descendiendo hasta quedar suspendida, mediante los mecanismos antigravedad, a corta distancia del suelo, apenas una decena de metros. En las entrañas del navío se notaba, una sorda vibración, continua y oculta, que indicaba el furioso trabajo de la maquinaria para mantener el artefacto suspendido en el aire. El altavoz que tenía en la cámara fue repitiendo las órdenes que se daban para el mejor desarrollo de la operación.

Como desde el lugar en que se hallaba no podía ver la salida de la patrulla, recurrió a la placa. En aquel momento, miles de ojos ansiosos estudiaban miles de placas como aquélla, esperando anhelantes los informes de los hombres que se proponían reconocer el terreno. Kerl los vio vestidos normalmente, aunque armados para caso de emergencia y, al ver que no llevaban máscaras respiratorias, dedujo que la atmósfera era normal.

Esto, de por sí, era un buen paso. Casi el principal. Después venían las condiciones de habitabilidad. Si el suelo reunía un mínimo de ellas, sería cosa de estudiar el problema y tomar una resolución definitiva Entonces la nave se convertiría en un montón de hierro. Nadie querría ya vivir más en ella. Todos estaban hartos de su cárcel de acero y deseaban respirar un aire puro y no el fabricado artificialmente a bordo, sentir en sus mejillas el soplo de la brisa y en sus cuerpos el calor del estío y el frío de los inviernos. Y él también, qué diablos.

Los miembros de la patrulla empezaron el descenso por una escalera vertical que uno de ellos había clavado previamente al suelo. Kerl contó hasta diez personas, todas ellas cargadas con equipos científicos, además de las armas, antes de ver el estallido de una cinta roja en unos cabellos dorados.

Frunció el ceño inmediatamente. ¿Por qué iba Rhona en la expedición? La muchacha no tenía una misión definida; su puesto estaba en las máquinas y, sin embargo, se hallaba allí.

No perdió tiempo en hacer consultas telefónicas. Además, quería ser discreto, de modo que se lanzó fuera de la cámara en dirección a la esclusa de

salida

Las cubiertas del inmenso navío estaban desiertas. Todo el mundo estaba contemplando la salida de la patrulla en sus placas, y sólo de vez en cuando se veía algún agente de seguridad, deambulando por las avenidas de piso de plástico, suave y brillante.

Muy poco tiempo estuvo allí; afortunadamente, la esclusa elegida no se encontraba muy lejos de su oficina y pudo alcanzar a Rhona cuando ésta había puesto ya el pie en el primer peldaño.

—¡Rhona!

La muchacha alzó hacia él sus grandes ojos. Sus labios se apretaron.

—¿Por qué va usted con la patrulla? —inquirió.

—¿Piensa hacerme volver a bordo, Kerl? —inquirió ella, como en un desafío.

Kerl podía hacerlo; es más, estaba en su derecho. Pero dudó.

—No creo que éste sea el momento más adecuado para que el segundo ayudante de máquinas se dedique al excursionismo —rezongó, descontento.

Pese a todo, se dio cuenta vagamente de que los curiosos que había allí le miraban con hostilidad, cuando no con desprecio. Fingió ignorarlos.

—Hace tiempo ya que solicité formar parte de la primera patrulla —repuso ella pausadamente—. No ignoro ciertamente que no es mi oficio, pero nadie se ocupó de denegar mi solicitud.

Kerl se mordió los labios. Era cierto. Aquella solicitud había pasado por sus manos, pero la había considerado como un desahogo contra la monótona vida de a bordo. Ahora veía que estaba equivocado.

—Muy bien —dijo—; adelante, pues.

—Gracias —repuso ella con sequedad, y descendió rápidamente hacia el grupo de hombres que, rostros vueltos hacia arriba, la estaban aguardando. Dos miembros más pasaron por su lado y se lanzaron hacia abajo.

El jefe de la patrulla era el doctor Bertin, una autoridad en botánica. Dividió los puestos e inmediatamente todos los componentes echaron a andar, divergiendo sus direcciones, hacia el bosque que había a unos doscientos metros de distancia.

Kerl continuó mirando a la muchacha hasta que hubo desaparecido tras las espesas matas que crecían al pie de los árboles. A sus espaldas se hacían diversos comentarios que él, preocupado, no escuchó. Además, ninguno de los que hablaba parecía considerarle como presente. Esto era un insulto clarísimo y Kerl lo sabía, pero, fiel a su norma de conducta, como en otras ocasiones, fingió ignorarlo.

En lugar de marcharse inmediatamente, como tenía pensado, se quedó allí, en la esclusa, estudiando el panorama. Le extrañó sobremanera la rarísima morfología de los árboles.

No parecían tales, puesto que sólo tenían tronco, sin ramas ni hojas. Su color era verde brillante, más intenso aún que el habitual de los vegetales en la Tierra, cosa que Kerl conocía, como todos los habitantes de la nave, por

referencias fotográficas y cinematográficas. El joven creyó estar viendo una inmensa selva de gigantescos cirios, cuyo final, en algunas ocasiones, se alzaba hasta los cien metros, teniendo una anchura máxima, en su base, de dos a tres metros. Era singular la forma en que nacían y crecían aquellos vegetales, cuya copa tenía, como remate, una extraña protuberancia en forma de grueso plato, de un metro de diámetro por la cuarta parte de grueso.

Como todos los que se hallaban allí, permaneció respirando el aire del planeta. Kerl lo notó un tanto picante, pero lo achacó a la vegetación y a su costumbre de respirar una atmósfera químicamente pura, desprovista por completo de todo olor... Una vez se acostumbrasen —si resolvían vivir allí—, aquel detalle no tendría la menor importancia.

De pronto frunció el ceño. Acababa de advertir algo que le extrañó sobremanera.

—Pregunte al capitán de rutas si la nave se ha movido de sitio —dijo; y no volvió la cara, seguro de que alguien obedecería su orden.

La respuesta tardó un minuto en llegarle. No, la nave no se había movido; estaba en el mismo sitio en que aterrizara, si la palabra estaba bien empleada, dado que se encontraba a diez metros sobre el suelo.

—Pues si la nave no se ha movido, entonces son los árboles los que lo han hecho —dijo.

Percibió la sensación que acababan de causar sus palabras, pero no volvió el rostro para contemplar el estupor que se reflejaba en el de los demás. Por el contrario, sus ojos seguían pertinazmente fijos en aquellas altísimas columnas, cuyo tronco, de la mitad para arriba, parecía ahora ligeramente sacudido por la brisa.

Pero no había un soplo de aire. De lo contrario, por ligero que éste hubiera sido, se hubiera tenido que notar forzosamente en la entrada del navío, donde ellos estaban. ¿A qué, entonces, se debían aquellos movimientos de tan extraños árboles?

Kerl los estudió detenidamente. No, no eran unos movimientos como los causados por un viento común más o menos fuerte. Si así hubiera sido, los árboles se hubieran doblegado en un sentido u otro, como las espigas de un campo de trigo al ser azotadas por la brisa. Los árboles aquellos parecían estremecerse de abajo arriba, con graves movimientos ondulatorios apenas perceptibles, pero no por ello menos ciertos. Parecían serpientes erguidas ante su encantador, aunque con unas ondulaciones proporcionalmente muchísimo más largas.

Kerl se dio cuenta de que los árboles estaban ahora más cerca. Alguno lo vio ahora con sus propios ojos y soltó una exclamación de asombro. Por otra parte, las extrañas plataformas en que terminaban aquellos troncos, se agitaban lentamente, al mismo tiempo que empezaban a destilar un líquido cuyo suave olor, atrayente y repugnante a un tiempo, se expandía cada vez más intensamente en la atmósfera.

Repentinamente, un grito, llegó hasta allí, a través de las redes de

altavoces.

—Los árboles del costado de babor se acercan.

Kerl miró los que tenía frente a sí; ya habían reducido un tercio de su distancia.

Bruscamente, un pelotón de hombres, cuatro o cinco, salió a todo correr del bosque, encaminándose velozmente hacia la nave. Todos estaban lívidos y en sus rostros se advertía un profundísimo terror.

—Envíen un mensaje radiado a los demás miembros de la patrulla, ordenándoles que regresen inmediatamente a la nave —ordenó, y alguien echó a correr hacia el puesto de comunicaciones.

Tres hombres más surgieron de la espesura. Los primeros habían alcanzado ya la escalera y trepaban apresuradamente por ella, como si huyeran del infierno. Uno gritó:

—¡Larguémonos de aquí! ¡Este planeta está embrujado!

Cinco minutos más tarde, diez personas habían regresado a bordo. Los árboles estaban a cien metros escasos, acercándose en cerradas columnas al gigantesco aparato, tan cerradas que no podía verse su fin, y Rhona no había aparecido.

Entonces fue cuando Kerl decidió salir en su busca.

CAPÍTULO III



N la nave había poderosas armas. Kerl eligió rápidamente una pistola radiónica y un afilado machete, que acaso podía ser más útil que la pistola según las ocasiones. Sin que nadie se opusiera a su decisión, descendió rápidamente la escalera y pisó el blando suelo del planeta.

Inmediatamente percibió en torno suyo una extraña sensación. Era algo así como si la atmósfera se espesase, adquiriendo una densidad superior a la normal y como si dentro de ella flotasen miles de vigilantes e invisibles ojos que le espiaran subrepticiamente, aguardando únicamente el momento oportuno para desencadenar una mortífera ofensiva contra él. El peligro era inconcreto pero tangible.

Pero hubo de desechar sus aprensiones, puesto que, salvo el lento y apenas perceptible movimiento de los árboles, nada más tangible se advertía. Tomó la dirección en que se había encaminado la muchacha y corrió hacia el bosque.

Al llegar a su borde se detuvo un instante, estudiando el tronco del árbol que tenía más cercano. Era liso, pulido, brillante y parecía como si en lugar de corteza tuviera una piel animal, por cuyos poros brotaban miles de microscópicas gotas de sudor. La parte inferior del tronco estaba inmóvil, pero a partir de su mitad, el resto se estremecía en suaves ondulaciones, llenas de un siniestro significado.

En algunos lugares, la hierba alcanzaba alturas de dos metros. Observándola detenidamente, se dio cuenta de que muchos de los que él tomaba por tallos de hierba común eran retoños de árboles, en espera de alcanzar su desarrollo definitivo. También éstos tenían en su parte superior una pequeña plataforma que en el mayor de los casos sólo alcanzaba cinco o seis centímetros de diámetro.

Estos pequeños troncos se movían igualmente, agitados por imperceptibles estremecimientos. Salvo en el tamaño, eran exactamente iguales a los grandes, la distancia entre los cuales oscilaban entre los dos y diez metros como máximo.

Resuelto, avanzó por el interior del bosque. Allí, los retoños alcanzaban mayores alturas y había algunos que ya rebasaban los cinco o seis metros. Pisó alguno de los pequeños inadvertidamente y el diminuto tronco estalló

con suave chasquido;

El silencio era absoluto, ominoso. No se percibía el menor sonido ni tampoco se movía el menor soplo de brisa. El horizonte tampoco era visible debido al gran espesor del bosque, cuyos troncos acababan cerrándose a relativa corta distancia del lugar en que Kerl se hallaba. El joven continuó andando.

Bruscamente, algo detuvo en seco su avance. Su ropa crujió de un modo singular. Le pareció como si se hubiera enganchado en algún clavo viejo.

Tiró de la ropa, pero no consiguió nada práctico. Entonces volvió el rostro para ver qué ocurría y se quedó pasmado al darse cuenta de que uno de aquellos minúsculos troncos se le había adherido al tejido por la parte superior, tan parecida a una ventosa.

La presa que había hecho el vegetal era indestructible. Sólo había un medio de librarse de ella y Kerl utilizó el machete.

Al cortar el diminuto tronco, la parte inferior se tornó flácida repentinamente y cayó al suelo. El resto continuó pegado a la ropa, pero Kerl pudo desprenderlo ahora con facilidad.

Lo estudió con curiosidad y aprensión al mismo tiempo. En el centro de aquella extraña corola había un orificio negruzco, circular, de la décima parte de diámetro que el resto, en forma de embudo muy ancho, en cuyo interior se veían las irisaciones causadas por la exudación de un líquido singular, cuyo olor ya había percibido desde la astronave. Asqueado, tiró el resto de la planta al suelo, pero entonces se dio cuenta de un detalle.

La ropa estaba destruida, como quemada, ennegrecida, en el lugar donde la ventosa había ejercitado su poder de succión. Kerl lo tocó con los dedos e inmediatamente aquel trozo se convirtió en un polvo negruzco que se expandió en el aire.

Un escalofrío de horror sacudió todo su cuerpo al comprender la diabólica fuerza de aquellos árboles. La potencia de succión de sus enormes ventosas debía ser colosal, gigantesca y, multiplicada por mil o por diez mil, era capaz de detener la nave, anclándola para siempre en aquel lugar. Debía pues, hallar cuanto antes a Rhona o, de lo contrario, se vería obligado a abandonarla, como el resto de sus compañeros, para salvar la nave, que era mayoría.

Avanzó resuelto por el bosque, llamando a gritos a la muchacha. A veces, alguno de los troncos pequeños se disparaba hacia él, intentando atraparlo con sus ventosas, pero un rápido tajo de su machete lo dividía en dos rápidamente, haciendo caer ambas partes al suelo. Kerl se fijó además en que los retoños no se arrojaban sobre él sino cuando estaba muy cerca de los mismos, de modo que sólo tuvieran que inclinarse un poco, en un ángulo nunca superior a los 25°, siendo siempre inferiores a su altura. Se estremeció al pensar en lo que podía ocurrirle si los grandes se doblasen, buscándole con sus ávidas bocas.

Afortunadamente, no ocurría así. Sin duda, debido a su misma extraña constitución, aquellos árboles sólo podían alcanzar las presas muy cercanas, pero una vez las habían alcanzado, era muy difícil desprenderse de sus

ventosas. ¿Habría caído Rhona en alguna de aquellas trampas?

De pronto le pareció oír un grito. Volvió a llamarla y entonces advirtió algo extraño en los sonidos. Éstos se multiplicaban infinidad de veces, como si existiesen millares de ecos. En cierto modo, aquel extraño fenómeno le recordó a Kerl la luz al atravesar una araña de muchos prismas, descomponiéndose en una gran cantidad de rayos lumínicos.

Una vez más llamó a Rhona y la contestación de ésta le llegó, multiplicada mil veces. Era como si le respondiesen mil Rhonas desde mil sitios distintos y el hecho puso hielo en las venas del joven.

Se detuvo, avizorando por todas partes, sin conseguir ver nada. A lo lejos, a sus espaldas, se divisaba ya vagamente la oscura mole de la astronave, difuminada por los cientos de troncos que parecían ir espesándose a cada segundo que transcurría. No podía alejarse mucho más, so pena de extraviarse él mismo, y si no hallaba pronto a la muchacha y a sus compañeros tendría que desistir de la búsqueda.

Halló de pronto, cuando menos lo esperaba, a la fracción de la patrulla que se había extraviado. Un gélido sudor empapó instantáneamente su espalda.

Eran tres, Rhona y dos científicos más, los cuales estaban atrapados de forma irresistible por un enorme nudo de aquellas extrañas plantas. La muchacha tenía los ojos muy abiertos, pero respiraba, y le miraba con una expresión de espanto retratada en su demudado rostro.

El horror de la escena no estribaba tanto en que el pequeño grupo hubiera sido atrapado por aquellas mortíferas plantas, sino en que los tres se hallaban de pie, casi rígidos, inmóviles como estatuas. Uno de los hombres tenía doblada la cabeza sobre el pecho y no parecía alentar. El otro se estremecía espasmódicamente, en forma apenas notable.

—¡Rhona! —gritó Kerl, sin poderse contener.

Ella respondió en voz que casi no se oía. Estaba palidísima y de sus mejillas había huido todo rastro de color. Tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como si estuviera maniatada y varias decenas de ventosas se habían adherido a sus ropajes, impidiéndole en absoluto el menor movimiento.

Intentó avanzar hacia el trío, pero una espesa masa de troncos, algunos gruesos de más de diez centímetros le cerró el paso. Dio un rodeo para evitar el obstáculo, pero no pudo encontrar el modo de franquearlo. Entonces advirtió que aquellas tres personas estaban totalmente sitiadas y que aquellos malignos vegetales estaban avanzando lenta, pero continuamente hacia sus víctimas. Una vez que éstas habían sido atrapadas, devorarlas era únicamente cuestión de tiempo.

Vio claramente la situación.

No podía pasar hasta ellos; esto era fácilmente advertible. Entre Rhona y él había más de diez metros de espesura vegetal que no podía franquear de ninguna forma. Además, alguno de aquellos troncos había disparado sus ventosas contra él, adhiriéndose tenazmente a sus ropas y se había visto

obligado a cortarlas con rápidos y eficaces tajos de su machete.

Sólo podía hacer una cosa para romper la muralla verde que le separaba de las víctimas. Sacó la pistola radiónica y empezó a hacerla funcionar.

Un rayo de intolerable blancura surgió de la boca del arma apenas apretó el gatillo. El haz de energía quemó todo signo de vida vegetal, llegando hasta el suelo, que se ennegreció rápidamente.

Kerl movió la pistola, abriendo un ancho camino, destruyendo fríamente aquellos vegetales de tan perversa condición. Los rayos de energía que brotaban de la pistola abrasaban con su poder todo cuanto tocaban y apenas rozaban una de aquellas plantas la volatilizaban casi instantáneamente.

Después avanzó hacia Rhona, conteniendo la respiración, pues el aire se había vuelto más espeso después de los disparos radiónicos. Algún tronco saltó hacia él, pero lo decapitó limpiamente de un solo golpe antes de que llegaran a tocarle.

—Rhona —llamó, pero la muchacha ya no tenía fuerzas para contestarle.

Kerl se alarmó al ver la terrible palidez de la muchacha. Incomprensiblemente, Rhona había resistido más que los otros, pero era evidente que su capacidad vital estaba llegando al máximo. Con varios hábiles golpes de machete cortó las ligaduras que la sujetaban y entonces la joven se desplomó hacia adelante.

Tuvo el tiempo justo para cogerla en sus brazos. La notó fría, casi helada, con un pulso apenas perceptible. Un ligero pero continuo temblor sacudía todos sus miembros, de un modo maquinal, nervioso, como si le hubieran inyectado en el cuerpo alguna substancia extraña. Un par de docenas de ventosas cayeron al suelo, dejando en las ropas de la muchacha sus repugnantes huellas.

Después de depositarla en el suelo, dedicó su atención a los otros. No había ya nada que hacer por aquellos infelices y Kerl lo comprobó de una manera particularmente horrenda, cuando, al acometer a machetazos las plantas que los sujetaban, vio que la carne había desaparecido literalmente en algunos sitios, dejando blanquear los huesos.

Los desgraciados estaban ya muertos, devorados a medias por las voraces plantas, las cuales habían roído sus carnes de modo verdaderamente espantoso. Kerl temió por Rhona, pero la muchacha, al menos por ahora, parecía seguir viviendo.

No podía hacer nada por ella en aquel lugar. Ni siquiera sabía si sobreviviría, ya que cada vez parecía desfallecer más. Lo único que cabía en aquellos momentos era llevársela de allí.

Pero, apenas tomada tal resolución, se dio cuenta de que el bosque se había ido espesando más y más, las plantas se iban uniendo lentamente, de una forma apenas perceptible, mas no por ello menos segura. Era obvio que si dejaba pasar mucho tiempo, no podría salir de aquel sitio infernal.

Desechó la idea de llevar a Rhona en sus brazos. Si quería volver a la nave, sólo había un medio de transportarla y lo puso en práctica inmediatamente. Se

la cargó al hombro, y se ciñó el machete al cinturón y empuñó la pistola radiónica con la mano derecha.

Liberó unas cuantas descargas de energía a media tensión, suficientes, sin embargo, para destruir un puñado de plantas que parecían querer cerrarle el paso. En medio de un hedor espantoso, Kerl emprendió la marcha.

Cincuenta metros más allá se dio cuenta de que varios troncos, de los desarrollados totalmente, se habían unido casi hasta tocarse, sin que entre ellos hubiera el espacio suficiente para dejar pasar a un hombre. Kerl no se arredró por ello y, elevando la tensión del arma hasta el límite disparó contra la base de uno de ellos.

Entonces ocurrió algo singular. La parte inferior del tronco desapareció, desintegrada por la descarga. El resto, casi cien metros de vegetal, cayó al suelo de un modo flácido, como si en lugar de ser un sólido tronco se hubiera transformado repentinamente en un trapo.

Kerl pasó a través de la brecha abierta, disparando sin cesar su pistola. En algunas ocasiones se vio obligado a tener el dedo prieto sobre el gatillo durante varios segundos, regando literalmente las plantas con los chorros de energía que brotaban del arma, tal era la espesura que aquéllas habían alcanzado. Pero la pistola le abría un camino seguro y eficaz.

Pocos momentos más tarde, y con gran alivio de su parte, divisó la mole de la astronave. Unos cuantos disparos más y se halló al pie de la escotilla, por la cual asomaban unos rostros en los cuales se pintaba un evidente sentimiento de ansiedad.

Dos o tres hombres descendieron para ayudarle. Rhona fue transportada arriba, y se la llevaron rápidamente a la enfermería. Antes de subir, Kerl, sin embargo, quiso arrojar una ojeada en torno suyo y lo que vio le aterró.

Los troncos aquellos rodeaban enteramente la nave, por millares, en espesas bandadas, que apenas si dejaban espacio entre uno y otro. Miles y miles de ventosas se habían adherido a los metálicos costados del aparato

Como gigantescos cables de sujeción, formando un bosque impenetrable que, más que aferrarse al aparato, parecía sostenerlo en el aire.

Gollin, presidente del Consejo de Gobierno de la nave, salió ansioso a recibirlo.

—¿Qué hay de los dos hombres que faltan? —preguntó.

—Muertos —respondió el joven lacónicamente.

—¡Dios mío! ¿Es posible?

Kerl asintió pesadamente. Estaba en la puerta de la esclusa, no cerrada todavía y, de pronto, uno de aquellos árboles osciló hacia él, buscándole ávidamente.

Lo despachó de un certero disparo y volvió a mirar a Gollin.

—Creo que debemos seguir, señor —dijo—. Podemos efectuar una exploración complementaria, pero tengo la sensación de que todo el planeta debe de estar cubierto por estas plantas.

Gollin movió la cabeza afirmativamente. Se volvió hacia uno de los

hombres que aguardaban allí.

—Dígale al capitán de rutas que disponga inmediatamente todo lo necesario para la partida. Usted, Kerl, vaya a que le vea un médico.

El joven sacudió la cabeza.

—Me encuentro bien, señor. Lo que interesa es, lo que usted acaba de señalar: partir de aquí inmediatamente.

La barbilla de Gollin se clavó en su pecho.

—Y yo que me había hecho ilusiones de anclar aquí definitivamente —dijo, abatido.

—Lo siento, señor —murmuró Kerl—; pero ya ha podido ver que las condiciones de vida de este planeta son totalmente hostiles. No parece que haya animales, pero los árboles se comportan exactamente como tales.

—Sí, así parece. En fin —suspiró Gollin—; saldremos de aquí. Continuaremos nuestra peregrinación, ¿qué otra cosa podemos hacer?

La escotilla se cerró. Kerl echó a andar lentamente hacia su habitación notando en el aumento de las vibraciones que los maquinistas estaban enviando chorros de energía a los motores. El suelo pareció estremecerse pero, de repente, todo signo de movimiento cesó.

Kerl detuvo su marcha, mirando en torno suyo. Algunos rostros, pálidos y asustados, empezaron aparecer por puertas y ventanas.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué pasa?

—¿Hay avería en las máquinas?

Usualmente, el funcionamiento de la maquinaria no se notaba cuando la nave volaba por el espacio, pero al descender y al despegar de un planeta se requería una considerable cantidad de potencial energético para la maniobra, lo cual se traducía en la percepción de las vibraciones de las máquinas. Pero estas vibraciones acababan de cesar bruscamente.

Kerl comprendió instantáneamente lo ocurrido. Aquellas miles de ventosas se habían adherido tan sólidamente a los costados de la nave qué la impedían el menor movimiento. Los motores del aparato eran potentísimos, pero no se podía correr el riesgo de forzar su régimen, so pena de causar un estallido, de desastrosas consecuencias. Kerl calculó en no menos de seis a ocho mil las ventosas pegadas al metal y se dio cuenta de la potencia tan colosal que encerraban aquellos vegetales vivos, tan deleznables, sin embargo, apenas se les había herido.

Inmediatamente tomó su resolución, sólo se podía actuar de una forma y antes de que nadie obrara, lo hizo él.

Desde su cámara contó lo que sabía, con el fin de tranquilizar a los habitantes de la nave. Luego requirió el concurso de un centenar de voluntarios, los cuales, armados con pistolas radiónicas, fueron distribuidos estratégicamente por las distintas compuertas de la nave.

A una señal de Kerl, las esclusas se abrieron simultáneamente y diez grupos de a diez hombres cada uno, se lanzaron al exterior.

Kerl no fue el último en salir. Con una pistola en cada mano, desde el suelo, empezó a quemar los vegetales, disparando contra la base.

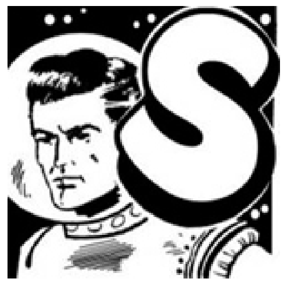
Una vez que el tronco había sido desintegrado en su parte inferior, el resto se convertía en una cinta de color verde que caía al suelo, ondulando lentamente. La lucha fue fácil, aunque no corta, dada la inmensa cantidad de troncos que habían hecho presa en los costados de la nave.

Kerl se dio cuenta del terrorífico poder de succión de aquellas ventosas, capaces de corroer el metal, como en algunos lugares había sucedido ya. Oscuros círculos señalaban el punto en donde el metal había empezado a disolverse, bajo la potente acción de los mortíferos jugos de la planta, pero éstos tenían que haber estado actuando durante mucho más tiempo antes de conseguir resultados de mayor efecto.

Una hora más tarde, la lucha había terminado. Un nauseabundo olor se expandía por el ambiente cuando los últimos grupos dieron por terminada la tarea. Algunos troncos continuaban adheridos a la nave, pero ésta los desarraigó fácilmente en su despegue.

Pocas horas más tarde, la astronave se hallaba de nuevo en el espacio y sus máquinas la hacían acelerar constantemente hasta alcanzar la velocidad de crucero. Era preciso continuar la exploración.

CAPÍTULO IV



ALLY EBRANTH era enfermera y torció la boca al ver entrar por sus dominios a Kerl.

—Deseo ver a la señorita Queller —dijo éste.

—¿Y le quiere ver ella? —respondió Sally mordazmente.

—Usted limítese a transmitirle mi deseo, señorita —contestó Kerl sin inmutarse—; el resto lo tiene que hacer la interesada.

El tono frío de Kerl acabó por intimidar a la agresiva enfermera. Sally penetró en la habitación y volvió a salir unos segundos más tarde.

Se quedó junto a la puerta.

—Pase usted —dijo secamente.

Al entrar, Kerl se detuvo un instante frente a Sally. La miró fijamente, sin dejar traslucir ninguna de las emociones de su rostro. Sally se estremeció.

—Abomina de mí, ¿verdad? Pero al mismo tiempo, estima que un cargo como el mío es necesario. Se lo cedo con mucho gusto... si es que se siente con las fuerzas suficientes para desempeñarlo.

Sally enrojeció, pero sostuvo la mirada que le dirigían.

—No tengo vocación de verdugo —respondió.

—Esas cosas no pueden decirse hasta que uno no ha estrangulado a dos docenas de personas —dijo Kerl festivamente, tras de lo cual, dejando a sus espaldas una atónita enfermera, penetró en la habitación.

Se acercó a la cama. Rhona le miró sin expresión alguna en su hermoso rostro.

La muchacha estaba recostada sobre un par de almohadones y tenía el brazo izquierdo totalmente cubierto de blancos vendajes.

—Me he permitido venir a interesarme por su salud, Rhona —dijo Kerl.

—Me encuentro mucho mejor, gracias. Los injertos han prendido satisfactoriamente y dentro de poco me darán de alta.

—Lo celebro. Acaso... acaso no le agrade mi visita, Rhona, pero, no obstante, me he creído en la obligación de venir a verla.

—Es usted muy amable, Kerl. Me salvó la vida; no podría rechazarle.

Pero el tono de las palabras de Rhona era frío, impersonal, y Kerl pudo percibir en él la hostilidad que todo el mundo le tenía por razón de su cargo.

—Hice lo que pude —contestó—. Siento no haber podido venir antes, pero estuve bastante ocupado. Debió pasar un mal rato, ¿verdad?

Una sombra de horror pasó por los ojos de la muchacha.

—No fue muy agradable —contestó—. Además, todo ocurrió de manera tan repentina. Cuando nos quisimos dar cuenta, ya estábamos sujetos por aquellas espantosas plantas. Empecé a sentir intensos dolores en mi cuerpo... y ya no recuerdo más hasta que me desperté aquí,

Kerl recordó el bosque viviente.

—Un lugar repelente, por cierto —murmuró el joven—. Bien; no quiero cansarla más, Rhona. Celebro sinceramente su mejoría.

No quiso añadir «hasta la vista». Se daba cuenta de que no era bien recibido y que sólo la cortesía impedía a la muchacha pedirle que se retirara. Lo hizo él por su cuenta y salió de la estancia con la cabeza doblada sobre el pecho.

¿Por qué todo el mundo tenía que portarse igual con él? Incluso sus más directos subordinados le miraban fríamente, obedeciéndole, no por afecto, sino por razón de disciplina. El hecho de que a sus antecesores en el cargo les hubiera ocurrido lo mismo, no le sirvió ciertamente de consuelo.

Pero todos ellos habían sido gente de corazón firme y cerebro frío y lúcido. Habían recibido una misión y, mientras vivieron, la cumplieron. Inexorablemente, con fijeza, sin desviarse un ápice de la ruta marcada, llevando a la nave por los senderos del orden y la disciplina, haciendo así posible que hubieran llegado a la altura donde ahora se encontraban. Era el responsable de quince millares de personas, más las que vinieran, y las llevaría a buen puerto, costase lo que costase.

Pasaron seis meses.

Durante todo este tiempo, la vida se desarrolló dentro de una exasperante monotonía. Un anciano murió y una boda se celebró. Nacieron veinticinco chicos en tal espacio de tiempo. Dos hombres se acuchillaron mutuamente. Uno fue sorprendido robando manzanas de los tanques hidropónicos y fue condenado a tres meses de trabajos forzados. Una mujer perdió el juicio, atacada de claustrofobia y tuvo que ser sometida a tratamiento. Se proyectaron cincuenta películas, todas vistas ya. El campeonato de ajedrez no llegó a término, porque, en la partida final, uno de los contendientes estrelló el tablero en la cabeza de su enemigo. Hubo un peligroso escape en la sala de máquinas número doce y dos operarios resultaron abrasados por la radiactividad. La sala tuvo que ser cerrada y el trabajo repartido entre las demás. Hubo media docena de tumultos entre familias, no siempre contenidos a tiempo, con el resultado de varias fracturas de huesos, los de la cabeza incluidos. Peter Kurkle, oficial astronavegador, se negó a tomar la guardia y golpeó a su superior. En una tarde se dieron veintidós casos de embriaguez y la averiguación de dónde había salido el licor costó a Kerl más trabajo de lo que había pensado. Fue hallada una destilería clandestina y los fabricantes arrestados. Por todas partes había tensión y nerviosismo. Los roces eran

frecuentes y las discusiones por cosas verdaderamente nimias abundaban. Aparecieron pasquines pidiendo la vuelta a la Tierra, además de la cabeza de Kerl, algunos de ellos con frases realmente no ya insultantes sino obscenas.

Kerl se dio cuenta de que la tensión estaba llegando al límite. En cualquier momento podía producirse el estallido y aunque él no sentía miedo personalmente, temblaba por las víctimas inocentes que podían producirse. Si tal cosa ocurría, morirían muchos inocentes. Pero, por más que lo estudiaba, no veía el medio de atajar los progresos de aquel mal, que empezaba a corroer el ánimo de la población, como un maligno cáncer espiritual.

Cada diez personas tenían un jefe, delegado inferior. Cada diez de éstos tenían un delegado medio. Cada diez delegados medios eran representados por un delegado superior, que abarcaba la representación de mil personas. En total, eran quince delegados superiores, bajo la presidencia de Gollin.

Los quince delegados superiores componían el consejo de Gobierno de la nave. El Consejo se reunía a petición de los dos tercios de sus miembros o de su presidente, y tomaban las resoluciones que luego Kerl debía hacer cumplir, modificando las leyes antiguas, si era preciso, o estableciendo nuevas. No había discriminación de sexo para ostentar el cargo de delegado, en cualquiera de sus tres categorías y únicamente se precisaba ser mayor de veintitrés años y sano de mente y cuerpo. Las elecciones para el cargo de delegado inferior se celebraban cada tres años; cada dos, las de delegado medio y las de delegado superior eran anuales. Tenían derecho a voto todos los mayores de dieciocho años y los padres podían llevar los votos de sus hijos que no podían hacerlo legalmente, siempre que éstos tuviesen más de quince años y consintiesen en el candidato propuesto por sus progenitores. Los menores de quince años no contaban a efectos de votos, pero sí a los de representación numérica para los delegados.

Ésta era la organización interna de la nave. Siempre había sido así y nadie se había considerado autorizado para presentar una propuesta enmendándola. Las cosas habían marchado siempre bien de aquella forma, de modo que ¿para qué variarlas?

Pero ahora parecía que soplaban vientos de fronda. Había dentro de la nave un íntimo y a la par colectivo desasosiego que no podía aplacarse de momento con ningún remedio conocido. Y como los incidentes se habían multiplicado en los últimos tiempos, Gollin había creído oportuno reunir el Consejo, adivinando así la intención de todos o la mayoría de los delegados superiores.

Kerl se enteró de ello, como de todo lo que sucedía en la nave. Pero, aunque también esperaba una convocatoria como aquella, lo que nunca hubiera soñado era que le llamasen a él para estar presente en la reunión. Jamás había sucedido tal cosa; siempre había penetrado en la sala de consejos después de que éste había terminado, a fin de que Gollin le entregase la copia de los acuerdos que le concernían a él y a su cargo, para que los promulgase e hiciese cumplir. Esto era completamente nuevo para él y, profundamente intrigado, acudió a la llamada.

Los dieciséis hombres estaban sentados en torno a una gran mesa, en cuya cabecera se veía a Gollin. En el extremo opuesto había un sillón vacío, en el cual Kerl tomó asiento a una indicación del presidente.

Todos le eran superiores en categoría, pero, sin embargo, él podía detenerlos en cualquier momento, si sospechaba que su conducta podía poner en peligro la estabilidad espiritual de la nave o si su conducta no era todo lo adecuada al cargo que ostentaban. No obstante, en todo el tiempo que Kerl llevaba como oficial ejecutivo de seguridad no se le había presentado ningún caso semejante; los delegados superiores eran personas bien equilibradas física y psíquicamente y su conducta no dejaba nada que desear.

Advirtió el ambiente cargado de hostilidad hacia él. Esto no le resultó nuevo; en realidad, ya estaba acostumbrado al odio y a la antipatía generales. El único que le demostraba un poco de afecto era Gollin, pero era muy parco en sus demostraciones, quizá por un poco de temor a la opinión pública.

Con las manos puestas sobre la mesa, aguardó. Gollin hizo una sucinta exposición de los hechos, los cuales, concluyó, habían motivado la reunión actual, a la que Kerl, había sido invitado, con el fin de que expusiese sus ideas sobre el particular.

Sintiendo fijas en él las miradas de todos los circunstantes, Kerl se puso en pie.

—Es un poco difícil de remediar todo esto, señor —dijo, dirigiéndose a Gollin—. La gente está cansada de su cárcel de acero y ansía el espacio libre y sin fronteras de un planeta habitable, apto para la vida, tal como los fotogramas que existen en las filmotecas nos lo enseñan.

—¿Opina usted que todo lo sucedido se debe a un sentimiento colectivo de claustrofobia? —inquirió Tzarkoi, delegado superior número 11.

—Muy posiblemente, así sea; en buena parte, por supuesto. Todos estamos cansados de nuestro prolongado encierro...

—La palabra no es exacta, Kerl —dijo el delegado número 3—. Hay más de mil metros a lo largo y doscientos a lo ancho, con jardines y lugares de esparcimiento suficientes para entretenerse, sin tener necesidad de añorar lugares que no se conocen. Como esas verdes praderas terrestres que ninguno hemos conocido visualmente, pero que todos hemos visto tantas veces en las fotografías.

—El hombre, pese a lo que se diga, posee un atávico sentimiento de nomadismo que le impulsa a no permanecer nunca en el mismo lugar. No quiero decir con ello —prosiguió Kerl—, que si llegásemos a un planeta, hubiéramos de estar cambiando de asentamiento a cada dos por tres; pero en cualquier lugar que no sea nuestra nave, el cambio de panoramas podría ejercer un beneficioso influjo sobre las mentes del pueblo. Las fotografías son un substitutivo, no una realidad, señor; y un substitutivo excitante e irritante a un tiempo, por cuanto recuerda todo de que se carece ahora. Los habitantes de la nave quieren sentir en sus rostros el soplo ardiente del verano tórrido y el cuchillo de hielo del viento ártico; la perfumada brisa primaveral y las mil

gotas de lluvias del otoño; el rumor del torrente y el crujir de la arena en el desierto; ver doblegarse las espigas de trigo y oír retumbar el trueno en un cielo negro de nubes; el chasquido de las olas contra los acantilados y el mugido de la catarata que se despeña desde cientos de metros... Todo esto lo saben y lo conocen porque lo han visto miles de veces en la pantalla... pero nunca lo han palpado; nunca han pasado frío, ni calor, ni se han bañado en una playa dorada ni han tenido que correr bajo la lluvia en busca de un refugio. Esto, señores, es lo que nuestro pueblo anhela subconscientemente y que, al no conseguirlo, le sume en este estado de excitación permanente que, de no ser calmado, puede llevarle a un estallido de consecuencias tan imprevisibles como desagradables.

Kerl soltó su discurso de un tirón y luego guardó silencio, mirando a los consejeros, los cuales parecían haber sido impresionados por las palabras del joven. Gollin rompió el encanto, con un ronco carraspeo.

—¡Ejem...! Muy bien, Kerl, muy bien; han sido unas palabras muy bien dichas. Eso es exactamente lo que cada uno de nosotros hubiéramos deseado decir, aunque hemos carecido de su elocuencia para sabernos expresar.

Hubo un murmullo de aprobación y luego, Simera, el delegado número 15, dijo:

—¿Tiene usted algún plan para poner fin a este estado de cosas, Kerl?

El joven sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor. Eso es competencia de ustedes. A mí sólo me corresponde poner en práctica los acuerdos adoptados en Consejo.

—Se le ha llamado aquí para que haga alguna sugerencia —dijo suavemente Burkhardt, delegado número 9—. No olvide que, a fin de cuentas, el mantenimiento del orden es cosa suya, Kerl,

—En circunstancias normales, señor —respondió el joven sin inmutarse—. Pero éstas se salen de lo corriente. No obstante, estoy dispuesto a evitar toda posible alteración; mas, así como a mí me compete la parte práctica del asunto, a ustedes les corresponde la parte teórica; o sea, hallar el remedio adecuado para el actual estado de cosas.

Burkhardt se sonrojó. Gollin terció entonces.

—Debo decirle, antes de que sea demasiado tarde, Kerl, que se le llamó, no sólo para que nos hiciera alguna sugerencia, sino porque algunos de los consejeros están descontentos de su labor.

—También lo estoy yo, señor; y más que ellos mismos. De todas formas; si no les agrado como oficial ejecutivo de seguridad, pueden aceptar mi dimisión inmediatamente. No soy hombre que se aferre a un cargo, por muy agradable que éste sea, y el mío es precisamente todo lo contrario.

—¡Eso no! —saltó vivamente Simera—. Hay descontentos entre nosotros, es cierto; pero hasta ahora, la forma como condujo el orden de la nave no puede ser más irreprochable, Kerl. Por mi parte, voto por su continuación en el cargo.

Kerl inclinó la cabeza.

—Gracias, señor.

—El caso es que no hallamos ningún remedio para lo que está sucediendo —refunfuñó el número 10, Stinnes.

—Sí lo hay, pero está muy lejos... y no sabemos dónde. En alguna parte hay un planeta que nos está aguardando. Por eso debemos seguir adelante para buscarlo hasta hallarlo.

—Algunos pasquines han pedido la vuelta a la Tierra, Kerl.

—Ninguno de los que hay aquí podría verla, señor.

—Pero sí nuestros descendientes —argumentó Tzarkoi—. Y ya que nosotros no hemos sido felices, al menos que lo sean ellos.

—¿Podemos asegurar que les admitirían en el planeta? No olvidemos en ningún momento que esta expedición, como otras muchas similares, se organizaron porque la Tierra estaba superpoblada y allí escaseaban cada vez más las posibilidades de existencia. El gobierno terrestre alentó y subvencionó cientos de expediciones, con la esperanza de que alguna de ellas encontrase un planeta de condiciones análogas, a fin de descargar en éste el excedente humano. Han pasado casi cien años desde entonces y se tardaría otro tanto en regresar allí. No, esto no debe hacerse; debemos seguir adelante. Cueste lo que cueste; un día u otro terminaremos por hallar el mundo que hemos de poblar y colonizar.

—Hasta ahora no he oído más que buenas palabras —refunfuñó Stinnes—. Pero ¿qué les digo yo a mis diez delegados medios?

Gollin miró al que acababa de hablar.

—La verdad —repuso fríamente—. De nada serviría irles con paños calientes.

—Algunos de ellos esperaban que de esta reunión saliera la orden de regreso —se quejó Tzarkoi—. Podíamos ir por otra ruta, en la que quizá...

Gollin cortó los lamentos del delegado.

—Sometamos el asunto a votación —dijo—. Dos tercios decidirán si hemos de dar la orden de regreso o, por el contrario, continuar adelante. Los que quieran seguir como hasta ahora que levanten la mano.

Eran dieciséis, pues Kerl no tenía derecho a voto. Doce manos subieron a lo alto, en tanto que cuatro delegados permanecían inmóviles. Stinnes y Tzarkoi pertenecían a este último grupo y sus rostros expresaron bien a las claras la decepción, mezclada con una buena dosis de rabia, que sentían.

—Está resuelto, señores —dijo Gollin concluyentemente—; el rumbo no se modificará, más que en caso de exploración de algún planeta que se suponga habitable. ¿Alguna sugerencia más?

Dos o tres delegados dijeron algo, variaciones sobre el tema de las alteraciones del orden, pero, en suma, nada substancial. Kerl fue confirmado una vez más en su cargo y Gollin dio por terminada la sesión.

—Algún día tendremos que arrepentirnos de esto —masculló Tzarkoi rencorosamente, al mismo tiempo que miraba a Kerl de modo desafiante, como si fuera el joven el culpable de todo.

Pero Kerl no pudo responderle. Primero porque no lo consideró necesario, después porque el delegado era un superior y, por último, a causa de la llamada que acababa de recibirse en aquel mismo momento.

—Se ruega la presencia de Kerl inmediatamente en el control general de maquinaria —dijo una voz por el altoparlante.

Todos los rostros miraron atentamente la rejilla del altavoz, como si esperaran que éste pudiera aclarar las palabras recién escuchadas. Pero el que había hablado enmudeció, apenas terminada la llamada, sin añadir nada que pudiera servir como aclaración.

Obtenido el permiso de Gollin, Kerl salió rápidamente de la habitación.

CAPÍTULO V



A sala de consejos estaba en el centro justo de la nave. A la salida de la misma, un ascensor le condujo siete pisos más abajo, pasando después a un corredor vedado a todo el mundo, menos a él y sus hombres y los especialistas de máquinas. Un agente de seguridad le esperaba, reflejada la ansiedad en su rostro, y el hombre le acompañó, en tanto le relataba someramente los detalles del incidente.

Del corredor pasaron, por medio de una escalera de caracol, a otro piso inferior. Había otro pasillo, con grandes puertas en sus muros de acero, situadas a grandes intervalos, en donde se hallaban los almacenes de víveres y repuestos generales de la nave. El corredor se prolongaba más de cien metros y Kerl comprobó satisfecho que el agente de guardia se hallaba en su puesto.

El control central de maquinaria se hallaba al lado opuesto. Se accedía a él por una pesada puerta de acero, corrediza, en aquel momento cerrada herméticamente. La puerta era de una pieza y absolutamente lisa, a excepción de un orificio rectangular, cubierto de vidrio, que servía de mirilla.

Un par de ojos le miraron inquisitivamente apenas hubo llamado. La puerta se descorrió y Kerl penetró en la estancia.

Apenas lo había hecho cuando se sintió proyectado con terrible violencia hacia adelante. La acción le había cogido tan de improviso, que no supo resistirse y rodó aparatosamente por el suelo.

Alguien chilló al verle caer, pero Kerl no paró mientes en el grito, porque su cabeza acababa de chocar contra algo muy duro y cientos de estrellas bailaban una danza infernal ante sus aturdidas pupilas.

El dolor fue cediendo poco a poco y entonces Kerl trató de incorporarse. Algo le golpeó durante la mandíbula, arrojándole de nuevo de espaldas. Oyó un roción de juramentos y se retorció sobre sí mismo cuando una bota se le clavó entre las costillas.

—¡Por favor, no le golpeen más! —oyó decir a alguien, sin que en su atontamiento supiera identificar la voz de la persona que chillaba.

—¡Cierra el pico, tú! —oyó responder a uno de sus agresores, el cual, no satisfecho con su acción, volvió a disparar su pie de nuevo, en dirección a sus riñones.

Pero esta vez, Kerl estaba prevenido. Asió con ambas manos el tobillo de su oponente y, con un rápido movimiento de torsión, que arrancó un vivo grito de dolor a su contrincante, lo hizo caer al suelo.

Instantáneamente, Kerl se puso en pie. Otro individuo se arrojó sobre él con ciega, furia, pero el joven lo esperó. Asió el brazo del hombre y lo retorció sobre sí mismo, al tiempo que, girando sobre sus talones, lo arrancaba del suelo. El hombre voló por los aires hasta estrellarse contra un mamparo, quedando después inmóvil.

El primero que le había atacado volvió a la carga. Parecía haberse vuelto loco, dada la expresión homicida que se veía en sus ojos. Bajando la cabeza, arremetió contra Kerl.

Éste recibió el impacto en pleno estómago y, abriendo los brazos, cayó de espaldas. La cabeza pareció estallarle y perdió el conocimiento.

Cuando lo recuperó se encontró ante los dos hombres que le miraban con ciega furia.

No hizo ningún movimiento.

Uno de ellos tenía la pistola radiónica del agente, el cual yacía en el suelo de una manera inconfundible. La rara postura en que tenía doblado el cuello decía bien a las claras cuál había sido el fin de aquel desgraciado.

Kerl se dio cuenta de que Rhona estaba a corta distancia de él. Por un momento pensó en ella como posible cómplice de los dos desalmados, pero la actitud de la muchacha le sacó bien pronto de dudas.

Era evidente que aquellos individuos habían asaltado la cámara de control, aprovechando algún descuido de Rhona. Pero todavía no llegaba a comprender la actitud de la pareja, ni las causas que habían motivado aquel súbito estallido de furia homicida.

Los reconoció casi de inmediato. El cargo le hacía buen fisonomista y supo que uno de ellos era Kurkle, tercer oficial astronavegador, y el otro era K'Dongo, un enorme negrazo de colosales proporciones, encargado de una de las granjas hidropónicas. Este último era el que le había derribado por tierra y no era tampoco difícil presumir en él al hombre que había doblado el cuello de su agente hasta partírselo.

Inspiró, buscando aire.

—¿Qué es lo que pretenden de mí? —inquirió—. Rhona, ¿por qué están estos individuos en un lugar que no les corresponde?

K'Dongo dejó ver su deslumbrante dentadura.

—Hablaré yo por la chica, Kerl. Ella no tiene culpa, aunque no dejamos de reconocer que, involuntariamente, nos ha prestado una valiosa ayuda.

—Lo siento, Kerl —dijo ella—; me obligaron a llamarle y...

—¡Basta! —gruñó Kurkle—. A partir de ahora, ninguno de los dos hablará sin permiso nuestro.

—Muy bien —respondió Kerl—. ¿Qué es lo que pretenden de mí?

—Una cosa tan sólo: que dé la orden de regreso a la Tierra.

Por un momento, Kerl no supo qué responder. La orden era tan absurda

que estuvo a punto de reír, pero, considerando que ninguno de los dos hombres estaba en sus cabales, se abstuvo de ejecutar ninguna acción que provocara un nuevo acceso de cólera en los mismos.

—Saben de sobra que eso no depende de mí.

K'Dongo volvió a reír.

—Usted puede influir en los delegados y aun obligarles a virar en redondo. Hágalo o morirá.

—Lo siento. Cuando me llamaron aquí, el Consejo acababa de reunirse. Sometida a votación la cuestión, se acordó seguir adelante por doce votos contra cuatro.

—Los votos nos importan, un pepino —dijo Kurkle rencorosamente—. Usted tiene potestad suficiente para obligarles a rectificar. Hágalo o tendrá que atenerse a las consecuencias.

Kerl miró pensativamente el cadáver del agente. Después volvió su rostro hacia Rhona, la cual aparecía pálida, pero sin perder la serenidad.

—No —dijo al cabo—. Pueden disparar contra mí y matarme, pero no conseguirán obligarme a actuar en tal sentido.

—Es que no se trata solamente de usted, Kerl, sino de las quince mil personas que viajan en la nave.

—No le entiendo —murmuró el joven, enarcando las cejas.

K'Dongo rió suavemente, con la insidiosa suavidad de una serpiente. Su pistola se desvió súbitamente, apuntando a un punto situado a espaldas del joven.

—Si destruyo el cuadro de control general, ¿qué cree que ocurrirá, Kerl? Los motores entrarán en una fase de inestabilidad que nadie será lo suficientemente poderoso como para detener y la nave volará.

Kerl se horrorizó. Aquellos individuos estaban locos, locos de remate. No les importaba morir, si con ello conseguían matar a quince mil personas más, las cuales eran por completo inocentes de sus infernales manejos.

—No serían ustedes capaces de hacer tal cosa —dijo, sabiendo, sin embargo, que se mentía a sí mismo.

—¿Qué no? Pruebe a resistir nuestras órdenes y verá cómo lo hacemos. Vamos, Kerl, haga lo que decimos.

El joven miró a su izquierda.

—No entiendo mucho de máquinas, Rhona. ¿Es cierto lo que dicen estos individuos?

—Sí; Kerl; desgraciadamente, así es. Cada sala puede gobernarse independientemente, pero sus controles están conectados con los de ésta. Si los destruyen, nada podría impedir la explosión de los reactores.

Kerl volvió a mirar a la pareja.

—Están pidiendo un imposible —murmuró—. Ustedes no llegarían vivos a la Tierra, ya que el viaje nos llevaría más tiempo del que pueden vivir.

—Nos importa un pito. Lo que queremos es que la nave dé media vuelta.

—¿Por qué no se lo dicen ustedes mismos al capitán de rutas?

—¡Es con usted con quien estamos hablando, Kerl! —chilló Kurkle, frenético—. Vamos, pronto o dispararemos. K'Dongo, cuenta hasta tres...

El negro asintió.

—¡Uno...!

Kerl miró a Rhona, cuyo rostro estaba blanco por completo. Mordiéndose los labios, acabó por bajar la cabeza.

—Muy bien —dijo—; para la cuenta, K'Dongo. Ahora mismo iré y...

Las manos del joven estaban acariciando la hebilla de su cinturón, como si se sintiera, repentinamente nervioso. Sus dedos se movieron rápidamente y, de repente, el cinturón silbó en el aire.

La pistola fue atrapada y despedida a un lado, arrancada de modo fulminante de la mano de K'Dongo. Éste lanzó un rugido de ira al sentirse desarmado y trató de precipitarse sobre el joven.

Pero Kerl estaba ya prevenido, y echando la mano hacia atrás, sacudió el cinturón en el aire.

So oyó un seco chasquido y casi al mismo instante, K'Dongo aulló salvajemente, llevándose las manos al rostro, de donde acababa de serle arrancada una larga tira de piel. La sangre le chorreó entre sus dedos.

Kurkle intentó abalanzarse sobre la pistola. Evidentemente lo hubiera conseguido, de no haber sido por la rápida acción del joven, cuyo cinturón volvió a chasquear en el aire, casi en el momento en que los dedos del astronavegador tocaban la culata del arma.

Kurkle lanzó un aullido de dolor al sentir sus carnes abrasadas por el latigazo. Pero Kerl había perdido los estribos, recordando al guardia inicuamente asesinado, y descargó sobre los hombros y espaldas de Kurkle una serie de feroces latigazos que le hicieron tirarse por el suelo, revolcándose en tanto gemía de dolor.

K'Dongo parecía rehacerse, pero sus ropajes le fueron arrancados a golpes y con ellos unos buenos trozos de piel. El negro quedó en un rincón, quejándose monótonamente, sin hacer caso de la sangre que le corría en arroyos por la espalda.

Kerl tomó la pistola y se la metió en el cinturón que había vuelto a ponerse, después de haber reducido a los revoltosos. Luego miró a Rhona.

—Haga el favor de llamar a mi segundo y decirle que venga aquí con varios agentes para encerrar a estos hombres. Usted testificará en el juicio que ha de seguirse contra ellos.

—Desde luego, Kerl. Lo he viste todo y así lo haré constar en mi testimonio.

Ninguno de los dos hizo ya el menor comentario hasta que, llegados los refuerzos solicitados, se llevaron detenidos a Kurkle y K'Dongo. Entonces, Kerl, despidiéndose secamente de la muchacha, salió de la cámara.

Rhona avanzó un paso hacia el joven, alargando la mano como si quisiera detenerle, pero luego pareció arrepentirse, quedándose en el sitio, con la cabeza inclinada, sumida, al parecer en poco agradables reflexiones.

* * *

Cuando los acusados estuvieron restablecidos, Kerl dispuso el juicio. Por excepción, quiso que éste fuera público. Ahora bien, como en su despacho no hubiera cabida para más allá de una docena de personas, fueron las pantallas las encargadas de transmitir visualmente las incidencias del proceso.

Éste fue necesariamente breve. Los acusados comparecieron ante Kerl custodiados por dos agentes cada uno.

El segundo de Kerl leyó el acta de acusación. Testigo, Rhona Queller, segundo ayudante de máquinas.

—¿Tienen algo que alegar en su defensa? —inquirió Kerl, al terminarse la lectura.

—No —gruñó Kurkle—. Matamos a un hombre y estamos dispuestos a sufrir la pena correspondiente.

—Muy bien —dijo Kerl, sabiéndose centro de la atención de quince mil pares de ojos—. Es cierto que mataron a un hombre, atacaron al oficial ejecutivo de seguridad, desatendieron las indicaciones de éste y amenazaren, además, con destruir el sistema de control de las máquinas de la nave. En este caso, sólo hay una pena a imponer.

Los labios de Kurkle temblaron. K'Dongo hinchó desafiante su poderoso pecho.

—Puede colgarme cuando quiera, ¡maldito esbirro! —gruñó el negro.

Kerl lo miró fríamente.

—No hay cuerdas en la nave —repuso—. Pero la sentencia será una cosa muy parecida... al menos en teoría. Acusados, miren al segundo oficial de seguridad. Escuchen con atención.

Los dos hombres obedecieron mecánicamente, sugestionados por la voz del joven. Kerl se imponía, no sólo por su presencia física, sino también por su poderosa mentalidad, superior a la normal, la cual se transparentaba en la fría mirada de sus claros ojos.

—Los llamados John Kurkle y Emmanuel K'Dongo, reconocidos culpables de los delitos de sedición, homicidio, agresión e intento de sabotaje, son condenados a la pena de pérdida de su graduación actual, así como a la de pérdida de personalidad psíquica, la cual se efectuará en la forma que mejor crea el cirujano jefe de a bordo, siendo después destinados a la escuela de reeducación física y mental.

—¡Caso fallado! —concluyó Kerl—. Llévenselos.

Por unos momentos los sentenciados quedaron aturdidos, incapaces de reaccionar, porque no acababan de digerir bien las palabras. Pero cuando se enteraron cumplidamente de la pena impuesta, estallaron en denuestos e imprecaciones de subido calibre.

Kerl hizo una seña y la conexión con la red de televisores quedó cortada. K'Dongo intentó arrojarse sobre Kerl, pero un hábil golpe de matraca lo redujo a la impotencia. Kurkle, al ver la resuelta actitud de los guardias de

seguridad se amedrentó y, callando, se dejó llevar.

Después del juicio, sólo quedaron con Kerl dos personas: su ayudante y la muchacha. Pero Kerl quería hablar con Rhona.

—Déjenos solos, Mitrazzi —ordenó, y el hombre, asintiendo, se retiró.

La muchacha le miró fijamente.

—¿Qué es lo que quiere decirme, Kerl?

Éste frunció el ceño.

—Usted también debiera haber sido juzgada con ellos —dijo—, aunque su pena no hubiera sido tan elevada.

—¿Yo? ¿Por qué? —se asombró Rhona.

—Descuidó los deberes propios de su cargo, permitiendo que dos extraños penetrasen a un lugar al cual no tenían acceso y poniendo así en grave riesgo la vida de todos los ocupantes de la nave. Si ahora yo fuera un fiel cumplidor de mi deber, tendría que elevar, al Consejo una propuesta de degradación y enviarla a algún lugar de menos responsabilidad que la sala de control general de máquinas.

Rhona enrojeció.

—Hágalo, pues —dijo—; no me importará. A fin de cuentas, quizá sea más agradable cuidar tomates que no unos manómetros.

—Una temporada en los lavaderos le iría bien. No obstante, lo dejaré tal como está. Admito que todos podemos estar sujetos a descuidos y por esto mismo resuelvo dejar sin mención su delito de omisión. Bastante tenemos ya —añadió con repentino acento de pesar— con lo sucedido. Un hombre ha muerto y dos van a perder por completo su personalidad, lo cual, en cierto modo, es también otra forma de morir.

Kerl se volvió repentinamente hacia la claraboya, contemplando las estrellas.

Rhona le observó y, bruscamente, un gran sentimiento de simpatía penetró en su espíritu, hacia aquel hombre que se sentía tan solo. Se acercó a él y le apoyó una mano en el hombro.

—Kerl.

El joven volvió el rostro.

—¿Qué hay, Rhona?

—No... no quiero decirle que le estoy agradecida por haberme salvado la vida. Ni tampoco por no sancionarme ahora, a pesar de que sé que me lo merezco. Lo... lo que quiero decirle es bien diferente, Kerl.

El seno de Rhona subió y bajó rápidamente unas cuantas veces. Cuando la muchacha hubo normalizado su respiración, continuó:

—Kerl, yo quería decirle que le envidio a usted.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo usted, Rhona? ¿Se ha vuelto loca? ¡Eso es absurdo!

Ella movió suavemente la cabeza.

—No, Kerl, no lo es. Todos los habitantes de la nave tienen unos sentimientos casi comunes hacia usted. Unos le odian, otros le desprecian...

pero yo... yo le envidio, Kerl. Se necesita mucha fortaleza de espíritu para desempeñar su cargo, sintiéndose solo y detestado y odiado por todo el mundo. Es preciso poseer un alma fuerte y poderosa, como la suya, para cumplir y hacer cumplir con su deber a todo el mundo, sin desviarse por ningún motivo, de una línea de conducta trazada de antemano. Esto es lo que yo envidio de usted... y que los demás no han sabido ver. Si tuvieran dos dedos de frente, le estrecharían las manos y le palmearían los hombros en lugar de escupir a un lado cada vez que le ven.

Kerl miró atónito a Rhona.

Era la primera vez que le hablaban en aquel tono y el suceso le había aturdido por completo. Si la muchacha le hubiera insultado, la cosa habría resultado muy distinta, porque estaba habituado a ello. Pero así... demostrándole de modo inequívoco su simpatía y su afecto...

No se pudo contener. Tomó con sus manos los hombros de la muchacha y la atrajo hacia sí.

—¡Rhona! —murmuró.

Ella no contestó. En un principio intentó resistirse, pero luego supo que todo sería inútil. Más que dejarse llevar, fue hacia el hombre.

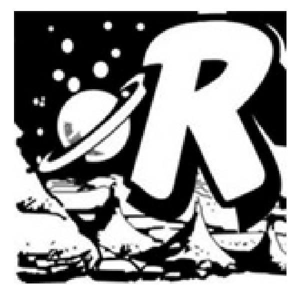
—¡Rhona! —repitió él.

Y las miradas de ambos se cruzaron de un modo singular. Sus labios se aproximaron y Kerl pudo percibir claramente el cálido aliento de la joven.

Pero en aquel momento un zumbador sonó persistentemente y aquel ruido rompió el éxtasis en que había caído la pareja.

—Un planeta a la vista, señor —dijo el megáfono.

CAPÍTULO VI



HONA se separó de Kerl, evitando mirarle, muy encarnadas las mejillas. El joven, por su parte, fue hacia el intercomunicador.

—Muy bien, gracias: ahora mismo voy hacia allí.

Luego miró a la muchacha.

—Dispénseme, Rhona. ¿Nos veremos más tarde?

—Quizá sí, Kerl —respondió ella, aún muy turbada y confusa.

El cuarto de derrota de la nave estaba situado hacia el centro, en el Plano 14. Era una inmensa habitación llena de aparatos científicos de todas clases y aunque no tenía ningún contacto directo con el exterior, había, en cambio, numerosas pantallas de televisión, de buen tamaño, que suplían convenientemente las ventanas de que allí se carecía.

Había varios hombres en la cámara. Uno de ellos era Riklik, el Capitán de Rutas, el cual estaba sentado ante una inmensa placa visora, en la cual se reflejaba claramente la imagen de un globo suspendido en el espacio.

Mientras examinaba el planeta que tenían a la vista, Riklik daba instrucciones a sus oficiales astronavegadores, pidiendo datos al mismo tiempo, todo lo cual le servía para mantener y determinar el rumbo de la nave. Volvió ligeramente la cabeza al darse cuenta de la presencia de Kerl a su lado y dijo:

—Ah, hola Kerl. Échele un vistazo, ¿quiere?

El joven asintió, frunciendo el ceño instintivamente. Riklik movió uno de los mandos y al instante la imagen de la pantalla se agrandó enormemente, aumentada por el control telescópico, hasta ocupar casi por completo todo el espacio visible.

—¿Qué datos se han obtenido desde aquí, capitán? —inquirió Kerl,

—Presión atmosférica, 735 milímetros. Humedad, 46 por ciento. Gravedad, cero coma noventa y dos. Espesor de la capa atmosférica, comparable con la respirable de la Tierra, ocho kilómetros. Grandes extensiones de agua, aproximadamente tres quintos del total; el resto, tierra, naturalmente. Gira en derredor de su sol en veintinueve horas y doce minutos. Dos casquetes polares muy pequeños y... Ah, sí, nuestro radar ha detectado una gran masa metálica que bien pudiera ser indicio de que está habitado,

—No está mal, capitán —repuso Kerl—. Las condiciones son casi ideales para la vida en ese planeta.

—Desde luego; y nos costará mucho hallar otro, en el caso de que medios extraños nos fueran hostiles, obligándonos a zarpar de nuevo.

—Creo que debemos aterrizar cerca de esa masa detectada por el radar, capitán.

—Eso mismo pensaba yo, Kerl.

—¿Cuánto tardaremos en llegar allí, capitán?

Riklik efectuó un rápido cálculo.

—No antes de mañana, Kerl.

—Muy bien; haga lo posible por llegar en el menor tiempo. Iré a disponer mientras tanto lo necesario para el desembarco exploratorio.

—De acuerdo, Kerl.

De vuelta a su oficina, el joven se enfrascó en el trabajo, tanto, que casi llegó a olvidar a la muchacha. Pero al llegar la «noche» la recordó repentinamente.

La buscó por el intercomunicador, hasta hallarla. El rostro de Rhona se reflejó en la placa, sonriéndole de modo agradable.

—¿Le molestaría que le hiciera una pregunta? —dijo él.

—En modo alguno, Kerl. ¿De qué se trata?

—¿Ha cenado usted ya?

Ella sonrió otra vez.

—Voy a arreglarme inmediatamente. ¿Dónde va a ser la cena?

Kerl meditó unos segundos.

—¿Le parece bien en el comedor número diecisiete?

—Encantada. Deme media hora y estaré allí.

Kerl llegó mucho antes que la muchacha, pues la impaciencia no le dejaba vivir. Encargó una cena para dos, sin hacer caso de las miradas de curiosidad de que era objeto y, mientras llegaba Rhona, pidió un «cocktail».

Para poder tomarlo, hubo de entregar uno de sus cupones de bebidas alcohólicas. Cualquier otro se hubiera lamentado al agotar con aquel «cocktail» su ración quincenal, pero Kerl no era bebedor, de modo que en aquel momento disponía de los cupones necesarios para obtener una docena de botellas. Y aquella noche, en honor a la muchacha, se disponía a gastar unos cuantos.

Rhona llegó con bastante puntualidad. Estaba encantadora con un vestido sin hombreras, muy ajustado al talle y que se abría a partir de allí en una gran campana que concluía justamente en las rodillas. La rigidez de la tela, muy brillante, concedía un singular aspecto de flor a la muchacha y Kerl se sintió poco menos que atontado al verla.

—¿Qué le ocurre? —rió ella, al darse cuenta de su estupefacción.

—Nada... excepto que me ha dejado usted sin habla.

—¿Bien —sonrió la muchacha—; le concedo que se calle, pero, por lo menos ofrézcame asiento.

Kerl salió de su estupefacción.
—Oh, dispénseme. No... bueno, yo... ¿Está bien así?
—Sí, gracias, Kerl —y al ver a uno de los camareros que se acercaba con un cubo de forma especial, lanzó un tenue silbido—. ¿Qué es esto, Kerl? ¡Champaña!
—Es lo menos que se merece usted, Rhona.
—Pe...pero le habrá costado un sentido, Kerl.
—Tengo cupones de sobra; no se preocupe por ello.
La cena se deslizó de un modo agradable. Había bastante gente en el comedor, en el cual, como en todos, se servía la comida gratis y si los licores, sintetizados en los laboratorios de a bordo, por supuesto, se servían mediante un rígido sistema de cupones, era por evitar abusos que hubieran podido causar graves perjuicios a la comunidad. Los constructores de la nave y los que planearon el viaje habían tenido en cuenta su posible larga duración y por ello habían hecho que los habitantes de la nave se encontraran, aproximadamente, en las mismas condiciones de vida que reinaba en la Tierra.
Al terminar, Kerl prendió fuego a un cigarrillo. Rhona no fumaba y quedó frente a él, apoyados los codos en la mesa y la barbilla en las manos.
—Ha sido algo delicioso, Rhona —dijo él, expulsando la primera bocanada de humo—. Puede creerme si le digo que desde que nací, no había, pasado un rato tan agradable como éste.
—Si lo dice como un elogio a la cena...
Kerl sacudió la cabeza.
—Ya sabe usted a lo que me refiero, Rhona. Es la primera vez que ceno en compañía desde que perdí a mis padres.
El rostro de la muchacha se ensombreció ligeramente. Kerl se alarmó.
—¿Le ocurre algo?
—No, Kerl, pero...
Éste endureció el gesto.
—Ya sé —dijo—; le disgusta que le vean en mi compañía, ¿no es así?
—¡Por Dios, Kerl! —exclamó la muchacha, muy enojada—. Le ruego no diga más estupideces de este género. Ya soy mayor de edad y puedo discernir con toda claridad acerca de lo que está bien y lo que no está bien. ¿Qué me importan a mí las habladurías de la gente? ¿Es que no recuerda lo que le dije esta tarde?
—Perdóneme, Rhona —murmuró Kerl, confuso—. Pero estoy acostumbrado al odio y al desprecio generales...
—¿Cree usted —preguntó ella, con el ceño fruncido— que si yo sintiera hacia usted lo mismo que los demás, hubiera accedido a acompañarle? Vamos, Kerl, no sea ingenuo y haga el favor de suponerme a mí un poco diferente al resto.
—Desde que le salvé la vida estuvo luego seis meses sin dirigirme la palabra —se quejó él.

Rhona se sonrojó.

—Tiene razón. Acaso fui una egoísta y una desagradecida, pero durante todo este tiempo estuve meditando acerca de nosotros dos. El resultado... bien, ¿es que no lo está viendo?

El rostro de Kerl se iluminó. Sin poderse contener, tomó una de las manos de la muchacha.

—¡Rhona!

Ella enrojeció. Se dio cuenta de que había mucha gente que los miraba y retiró suavemente la mano.

—Seamos discretos, Kerl. La ocasión no es muy propicia para... efusiones. ¿Por qué no me invita usted al cine?

—No creo que haya ninguna película nueva, pero si es su gusto... Vamos —dijo él, levantándose.

Salieron del comedor, caminando lentamente por la gran avenida brillantemente iluminada que constituía uno de los centros de distracción de la nave. La gente se paseaba tranquilamente, por entre medio de los jardines que se habían creado para distracción y solaz de los habitantes del inmenso artefacto y, salvo la curiosa estructura interior, en nada podía diferenciarse aquel lugar de uno cualquiera de las ciudades de la Tierra.

Caminaron charlando de temas indiferentes; estuvieron en el cine, presenciando una película que, afortunadamente, sólo habían visto un par de veces cada uno y, al concluir la sesión, Kerl acompañó a la muchacha hasta el lugar donde se alojaba, un pequeño dormitorio colectivo, ante cuya puerta se detuvieron.

—Creo —suspiró ella— que mañana se organiza otra nueva exploración.

—Así es —dijo Kerl—. Tenemos un planeta a la vista y sus condiciones son, al parecer, óptimas.

—Si tuviéramos suerte esta vez —murmuró Rhona—. Puede que usted no se dé cuenta de ello, pero yo, y como yo miles de personas, estamos ansiosas de liberarnos de esta cárcel de metal que nos aprisiona y nos ahoga en su interior. La vida aquí es fácil y sencilla; todo está resuelto y nada se deja al azar; no tenemos necesidades perentorias y nos basta pedir una cosa para que se nos conceda al instante. Pero... usted ya me entiende, ¿verdad?

Kerl asintió.

—Los mismos sentimientos experimento yo, Rhona. Desgraciadamente y mientras no podamos, hemos de dominarnos y ser fuertes. Nuestros antepasados actuaron por nosotros y nos dejaron un legado, cuyas condiciones hemos de cumplir forzosamente. Ellos huían de un mundo superpoblado y murieron antes de haber hallado el que buscaban. ¡Quiera Dios concedernos lo que a ellos les negó!

—Así sea —musitó la muchacha —, ¡aunque a veces lo dudo tanto!

—Mañana puede que sea el gran día, Rhona. No sé si me será posible, pues todos, como comprenderá, están ansiosos por romper la rutina diaria.

—Haga lo que pueda, Kerl —le suplicó ella—. De todas formas —sonrió,

dándole ya la mano para despedirse—, sea lo que sea, no me quejaré.

* * *

A la mañana siguiente, Kerl, en unión de una docena de hombres más, se hallaba junto a una de las grandes exclusas, dispuesto para emprender la expedición. La compuerta acababa de abrirse, comprobado por medio de los instrumentos que el aire era respirable perfectamente, y la escala se había lanzado en el mismo momento.

Cuando Kerl se disponía a bajar, un hombre llegó con un mensaje.

—El capitán de rutas informa que la masa metálica detectada se encuentra a unos cinco mil metros al sudoeste de la astronave.

—Muy bien; dígale que vamos para allá y que mantenga el enlace por radio.

—Sí, señor.

Kerl puso el pie en el suelo y apenas lo había hecho, miró en torno suyo. Había una abundante nubosidad, muy baja y densa, que impedía la visibilidad en un corto radio, de tal modo que casi toda la enorme masa de la nave parecía oculta por la niebla. Pero el ambiente era puro y la temperatura, excelente, de modo que no parecía haber nada por qué preocuparse. Debía de ser algún accidente meteorológico que acaso se disipase más tarde, pensó sin concederle mayor importancia.

Los miembros de la expedición iban provistos de todo lo necesario para una completa exploración. No les faltaban armas e incluso llevaban un radar portátil con el cual orientarse en cualquier momento, con el fin de no extraviarse en la intensa niebla, la cual no ofrecía el aspecto de las que ellos conocían por referencias fílmicas, sino que sus vapores se veían muy blancos y brillantes, proporcionando de esta forma una mayor luz, en lugar de restarla, como hubiera sido lo lógico.

Acabado que hubo el descenso, Kerl se volvió para mirar hacia arriba. Rhona estaba en la compuerta y le sonreía, al mismo tiempo que agitaba la mano amistosamente. Kerl hubiera querido llevarla consigo, pero no había hallado el modo de hacer trampa, dado que la muchacha ya había formado parte de una misión exploratoria. Esto por un lado, y por el otro, que, a pesar de gustarle, no le agradaba violar las normas de conducta que él estaba encargado de hacer cumplir. Agitó la mano y luego volvió la espalda a la nave.

Caminaban en fila india. El suelo era pedregoso, con escasas plantas de tipo desértico, pero Kerl confiaba en que tales condiciones no tardarían mucho en cambiar. Con el radarista a su lado, orientó la marcha, buscando la masa metálica que se reflejaba en la pantalla.

Durante largo rato no ocurrió nada. La marcha se deslizaba en la más absoluta normalidad, en tanto que los hombres que componían la patrulla charlaban excitadamente entre sí, un tanto alborotados por la novedad de hallarse fuera de la nave.

De pronto, alguien lanzó un grito.

—¿Qué ocurre? —inquirió Kerl, deteniéndose y asiendo la culata de su pistola.

El hombre que había gritado se le acercó.

—Allí —exclamó, señalando un punto con la mano.

—Allí... ¿qué?

—He visto... he visto algo muy grande correr y desaparecer casi inmediatamente en la niebla.

—¿Qué era?

—No lo sé, señor. Me pareció algo así como un gran caballo, pero sin patas.

—¡Un caballo sin patas! —bufó alguien despectivamente—. ¿Dónde se ha visto eso?

—Lo único que sé es que lo he visto —contestó el otro, malhumorado—, y que no acostumbro a mentir... Era una cosa que no parecía tener forma, pero que, sin embargo, corría o se deslizaba, con gran rapidez. Apareció y desapareció tan súbitamente, que no tuve tiempo de apreciar más detalles.

—Bien —dijo Kerl—, sigamos, pero con precaución. No sabemos la clase de bestias que puede haber en este planeta y lo mismo pueden ser pacíficas que salvajes. Tengan todos las armas a punto, pero no las disparen si no son claramente hostilizados.

La patrulla reanudó la marcha, ahora todo el mundo con los ojos bien abiertos. El suelo fue perdiendo su carácter pedregoso y ahora las hierbas crecían con más profusión, indicando, de modo inequívoco, la proximidad del agua.

Casi de repente se encontraron con una corriente de la misma, que les cortó el paso de modo inesperado.

Era un arroyo de unos diez o doce metros de ancho, cuyo lecho se podía ver perfectamente a causa de la gran transparencia del líquido. Varios de los hombres de la patrulla, sin poderse contener, se arrojaron de bruces en la orilla y bebieron largamente de aquel agua, antes de que Kerl pudiera impedírselo.

Uno de ellos se incorporó, con la cara chorreante. Sonreía abiertamente y exclamó:

—Ya tenía ganas de beber un agua fabricada por la naturaleza y no por un laboratorio. ¡Dios mío, qué buena es!

Kerl sonrió. No se les podía reprochar el ansia por beber, que era más bien una consecuencia psicológica de la vida que llevaban que no porque en realidad se pasara sed a bordo, ya que en la nave se tenía toda el agua que se deseaba. Aprobó con un gesto de cabeza y luego, sin vacilar, se metió en el agua.

Los demás le siguieron.

Vadearon el arroyo con facilidad, ya que el líquido apenas si les llegaba a la cintura y la corriente no era muy fuerte. Al otro lado había ya algunos

árboles, los cuales le recordaron a Kerl los robles y encinas que había visto en films e ilustraciones.

Pasaron bajo ellos, siguiendo siempre las indicaciones del radar. La niebla continuaba siendo espesa, pero no molestaba en absoluto. Antes bien, daba la sensación de constituir una eficaz pantalla contra los rayos del sol, cuyo calor se notaba a pesar de todo.

El radarista anunció que ya se acercaban al final de su primera etapa. El corazón de Kerl se alborotó un poco, pensando en que, acaso, dentro de pocos momentos iban a entablar conocimiento con los seres inteligentes que poblaban aquel planeta.

El primer rastro de vida que hallaron fue, paradójicamente, un esqueleto tendido en el suelo, con los dedos engarfiados, muerto arañando la tierra desde Dios sabía el tiempo.

Kerl se detuvo, absorto, estupefacto. No porque le asustara grandemente hallarse con un cadáver reducido a la condición de esqueleto, sino porque las pocas ropas que le quedaban, un puro andrajo, eran —se veía con toda facilidad— absolutamente idénticas a las suyas.

Los miembros de la patrulla se reunieron en torno al esqueleto, intercambiando excitados y parloteantes comentarios.

Kerl se arrodilló para investigar las posibles causas de la muerte de aquel hombre, al que todas las apariencias señalaban como nacido en la Tierra, cuando, de pronto, el radarista lanzó un grito:

—¡Astronave a la vista, señor!

CAPÍTULO VII



EVANTÓ vivamente Kerl la cabeza al oír el grito. El radarista se hallaba a unos cincuenta metros por delante de él, casi difuminada su imagen por la niebla, y su dedo índice señalaba excitadamente un punto a lo lejos.

Varios hombres corrieron hacia el radarista. Kerl fue también hacia allí, y su asombro fue infinito al darse cuenta de que, surgiendo de entre la niebla, se veía la confusa mole de una, gigantesca astronave, anclada en el suelo, silenciosa, inmóvil, sin el menor signo de vida en sus alrededores.

Kerl caminó estuporosamente hacia el artefacto, advirtiendo que era absolutamente idéntico al que les había llevado hasta allí. En todo, en el tamaño, en el volumen y, por lo poco que podía ver desde el punto en que se encontraba, hasta en el último tomillo.

—¡Dios mío! —exclamó uno—. Es igual que la nuestra.

—Sí —frunció el ceño Kerl—; pero con la diferencia de que la que vemos está caída en el suelo y no sostenida por sus motores como la nuestra.

—¡Es cierto! ¿Qué habrá pasado? —y como algunos de ellos quisieran ir hacia la nave, Kerl les detuvo con una seca orden.

—¡Quieto todo el mundo! ¡No nos convienen las imprudencias! No sabemos lo que ha ocurrido y es preciso que seamos precavidos.

Todos se agruparon instintivamente en torno al joven, acatando su autoridad. El lugar estaba en silencio y no se oía el menor ruido indicativo de que allí viviera alguien.

—Preparen las armas —dijo Kerl—. La mitad que vengan conmigo; el resto, que se queden aquí fuera, estableciendo un servicio de vigilancia. Abran bien los ojos y recuerden que nos hallamos en tierra extraña.

Avanzaron bajo el casco metálico de la nave, cuya parte superior no podía verse, oculta por la niebla. La hierba era aplastada bajo sus pies, enderezándose inmediatamente cuando habían pasado.

De pronto, dos cadáveres más les salieron al paso.

La posición en que estaban los esqueletos impresionó vivamente a Kerl. Se hallaban estrechamente abrazados y era indudable que, vivos, habían sido una pareja que había ido a morir allí de Dios sabía qué misteriosa enfermedad, puesto que no presentaban el menor síntoma de violencia.

Bruscamente, Kerl reparó en un detalle.

Se arrodilló, tomando el reloj calendario que el hombre llevaba puesto aún en su muñeca. El artefacto se había parado, y por las cifras Kerl pudo saber que hacía diez años, terrestres desde luego, que habían muerto. Las letras grabadas en la esfera —«Genéve-Suisse»— no dejaban el menor resquicio a la duda. Aquel aparato y aquellos seres habían partido de la Tierra en busca de un mundo que habitar y ni siquiera habían podido encontrar una sepultura.

Reponiéndose de la impresión, continuó su camino. Trataba de buscar una abertura en la nave por donde penetrar en la misma, pero antes de hallarla tropezó con una docena de cadáveres más, todos ellos convertidos en sendos esqueletos y sin que ninguno de ellos, como todos los anteriores, presentara la menor señal de violencia.

Llamó al radarista.

—Pida comunicación con el presidente e infórmele, por onda reservada, de lo que hemos visto hasta ahora. Diga que tenga todo listo para zarpar inmediatamente, si es preciso, y que establezca una fuerte guardia en la esclusa de salida.

—Sí, señor —contestó el radarista, empezando a cumplir lo que se le había ordenado.

Continuaron su camino. Algunas veces oyeron ruidos extraños hacia la parte de los árboles, pero, aunque se volvieron rápidamente, las armas dispuestas para disparar, no tuvieron ocasión de utilizarlas, ya que no pudieron captar la imagen de ningún ser viviente.

Una puerta surgió ante ellos de modo casi imprevisto. Un esqueleto colgaba de su borde inferior, las manos descarnadas queriendo acariciar un suelo al que no habían podido llegar, una irónica carcajada reflejada en sus dientes sin labios.

Kerl lo miró pensativamente unos momentos; después, reaccionando, exclamó:

—¡Adentro! —y él fue el primero en poner pie en la nave.

Apenas hubo penetrado diez metros, se detuvo, horrorizado. Alguien, a sus espaldas, sollozó histéricamente, sin poderse contener.

—¡Dios mío, no, no; es demasiado!

Los ojos desorbitados del joven contemplaron el inenarrable espectáculo que se ofrecía ante ellos. Por unos momentos le pareció hallarse sufriendo los efectos de una espeluznante pesadilla, pero no tardó en convencerse de que se hallaba despierto y bien despierto.

Por todas partes a donde alcanzaba su vista se divisaban cadáveres y más cadáveres, a cientos, a millares, todos ellos caídos en dirección a las esclusas, tendiendo sus manos sin carne hacia la puerta por la cual habían esperado la vida y por donde les había llegado contrariamente a sus anhelos, la muerte.

Cerca de él, una madre, con su hijito en los brazos, estaba sentada, en la misma postura donde le sorprendiera la agonía. Algunos esqueletos se veían entrelazados: uno abrazándose a la persona amada en los últimos instantes de

su vida; otro, acaso, peleándose ferozmente por alcanzar la salida. Pero todos, todos sin excepción, aparecían muertos, y de ellos no quedaba otra cosa que sus huesos, blanqueando siniestramente en aquella lívida penumbra del interior de la nave.

Espantado, sintiéndole flaquear las piernas, el estómago completamente revuelto, Kerl saltó fuera, siendo seguido inmediatamente por los demás.

El joven estudió los rostros de sus compañeros y los halló lívidos, cenicientos. Uno de ellos, sin poderlo resistir, se volvió y vomitó aparatosamente.

—Debemos regresar inmediatamente a la nave —exclamó.

La propuesta fue aceptada sin discusión. Con paso rápido emprendieron el regreso, el corazón oprimido y las pupilas llenas de aquellas visiones de pesadilla que acababan de contemplar.

Pero todavía no se habían acabado sus tribulaciones. Al llegar al punto donde habían dejado a sus compañeros, lo hallaron desierto.

Kerl frunció el ceño.

—¿Qué diablos ocurre aquí? ¿Es que se han vuelto locos?

Un intenso sentimiento de aprensión invadió a la media docena de hombres que estaban allí. Casi instintivamente se agruparon, uniendo las espaldas, y empuñaron las armas, mirando en todas direcciones, con los nervios a punto de estallar.

—¡Eh! —gritó el joven, sin obtener la menor respuesta.

—Habrán regresado a la nave —sugirió el radarista.

Kerl iba a refunfuñar algo sobre las gentes que no sabían cumplir con su deber, cuando, de pronto, uno de los hombres se desplomó al suelo, revolcándose en medio de agudos chillidos.

—¡Socorro! ¡Por favor! ¡Me abraso!

Kerl se precipitó a socorrerle, pero, en el mismo momento, otro individuo cayó de la misma forma. Y un tercero no tardó en unirse a los anteriores, formando un espantoso coro de aullidos que aturdían y ensordecían a todos cuantos estaban escuchando.

Kerl estaba terriblemente confuso, ya que no sabía a qué causas achacar la misteriosa dolencia de aquellos individuos. Éstos continuaban revolcándose, presa de agudísimos dolores, en tanto que sus rostros enrojecían terriblemente y sus manos se engaritaban espantosamente.

Uno de ellos se arqueó sobre sí mismo, sosteniéndose en el suelo sólo con la nuca y los talones, como si sufriese un ataque tetánico. Estuvo así unos segundos hasta oírse un atroz crujido, que indicó que su espina dorsal acababa de quebrarse como si fuera una caña, y luego se relajó, inmovilizándose, de un modo harto significativo.

Los otros dos no tardaron en seguir el camino de su predecesor. El resto, cuatro hombres más, aparte de Kerl, intentaron huir, espantados, pero el joven los detuvo con una seca orden.

Gritó:

—¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva!

Los hombres obedecieron, sugestionados por el enérgico tono de su jefe. Éste quedó inmóvil, arrodillado unos momentos junto a uno de los cadáveres, y luego alzó la cabeza.

—¿Alguno de vosotros bebió agua del arroyo?

Los cuatro denegaron a la vez.

—¡Cielos! —exclamó el radarista—. ¿Será posible que ese agua... esté envenenada?

Kerl asintió pesadamente.

—Por si acaso, nos abstendremos de beberla, aunque es irremediable que hayamos de mojarnos de nuevo para regresar a la nave. Llevaremos una muestra para que la analicen en el laboratorio...

—¿Y los que faltan, señor? —objetó el radarista.

Kerl se puso lentamente en pie, mirando a su alrededor.

—Si no han vuelto a la nave —repuso sombrío—, peor para ellos. No podemos arriesgar, no sólo nuestras vidas, sino también las de miles de personas por las de cinco o seis que, quizá, no han sabido cumplir con su obligación. Me resisto a creer en tal falta de disciplina, pero es una hipótesis que conviene tener en cuenta.

Los hombres asintieron y a una señal de Kerl emprendieron la marcha. Atravesaron el arroyo, tomando la muestra correspondiente para su análisis por el laboratorio y luego aceleraron el paso todo lo posible, con el fin de llegar cuanto antes a la nave.

Cuando llevaban recorridos un par de cientos de metros, alguien lanzó de pronto un chillido espeluznante.

—¡Aquí! ¡Miren!

Kerl corrió hacia el punto que señalaba el hombre, cuyo cuerpo aparecía estremecido por un temblor nervioso de gran intensidad. El vacilante dedo índice del tripulante señalaba un objeto cuya sola vista llenó de horror al joven.

Era una mano humana, arrancada limpiamente a su brazo, de tal forma, que ni siquiera había brotado una gota de sangre de la misma, como si al mismo tiempo que la seccionaban hubieran cauterizado la amputación. Los dedos aparecían encorvados, pero, salvo esto, el miembro conservaba intacto su color natural.

—Es la mano de Ruarthy —exclamó uno de ellos, dando la vuelta al miembro—. Lo conozco por esta cicatriz que...

—¡Cuidado! —chilló el radarista.

Kerl se volvió rápidamente, sacando la pistola a relucir. Por un instante las piernas le temblaron al ver el monstruo que se les echaba encima con grandísima rapidez.

El hombre que lo viera antes tenía mucha razón. Recordaba vagamente la forma de un caballo, sin patas, desde luego, pero de un tamaño triple cuando menos. Su cuerpo era cilíndrico, prolongándose en la parte delantera en una

gruesa protuberancia que terminaba en una especie de ojo único, compuesto por numerosos prismas transparentes, cuyo diámetro era superior al metro. No se le veía boca alguna, ni tampoco otro miembro ofensivo, pero era evidente que debía tener algún arma natural, pues de otro modo no se hubiera lanzado tan ciegamente a una furiosa carga, como era la que le estaba llevando con gran velocidad hacia los terrestres.

La pistola de Kerl escupió un feroz rayo de energía que alcanzó al monstruo de lleno, disolviéndolo en una repugnante nube de humo, que se elevó lentamente hasta confundirse con la niebla.

—¡Aprisa, aprisa, a la nave! —gritó Kerl, sabiendo ya la suerte que habían corrido sus infortunados compañeros.

Todos echaron a correr alocadamente. Kerl se quedó a propósito en la retaguardia, y al volver la cabeza se quedó pasmado al ver que eran ahora perseguidos por media docena de aquellas bestias que, pareciendo tan pesadas, reptaban sin embargo con enorme rapidez. Se dio cuenta de que, a pesar de la velocidad de su marcha, corrían el peligro de ser alcanzados, por lo que se detuvo un momento y disparó repetidas veces su pistola hasta conseguir, al menos momentáneamente, despejar la situación.

Pero cuando, entre la niebla, avistaron la astronave, la sangre se le heló en las venas al ver el horrible espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Centenares de aquellas inmundas bestias se agolpaban ante la compuerta de la nave, intentando subir a ella, sin emitir el menor chillido, en un silencio que no por absoluto resultaba menos ominoso. Desde arriba, las descargas volatilizaban sin cesar decenas y decenas de animales, sin que éstos, testarudos y obcecados, dieran síntomas de cesar en sus voraces propósitos.

Las bestias no parecían haberse dado cuenta de su presencia en aquel lugar. Kerl y los suyos se detuvieron un momento, estudiando la situación.

—No tenemos otro remedio que atacar —dijo— si queremos subir a bordo.

El radarista y los otros, pálidos, asintieron. Levantaron sus armas y a una señal del joven abrieron el fuego.

La sorpresa fue hábilmente utilizada para practicar una ancha brecha en las apretadas filas de los monstruos. Cuarenta o cincuenta de los mismos fueron desintegrados antes de que se dieran cuenta de que eran atacados por la espalda. Entonces un alud de bestias cayó sobre Kerl y sus compañeros.

Los cinco hombres formaron un frente cerrado, que causaba estragos en los animales. Ni un solo disparo se perdía, y, al fin, en el torpe cerebro de las bestias penetró la comprensión de que no podían vencer a aquellos seres que parecían invulnerables.

Sin embargo, uno de ellos, más rápido o más audaz, consiguió alcanzar el grupito. Cayó sobre uno de los tripulantes, aplastándole con su inmensa mole antes de que el desgraciado tuviera tiempo de repetir el disparo que había fallado.

El hombre fue derribado de espaldas. Kerl quiso disparar, pero era ya tarde; una inmensa abertura, que no parecía tener origen alguno, se acababa de

ver bajo el nacimiento del grueso cuello del animal, y en un segundo el hombre desapareció en el vientre de la bestia. Un brazo quedó fuera, agitándose de modo espeluznante, pero, seccionado limpiamente, sin la menor señal de hemorragia, cayó al suelo.

Una infinita oleada de repugnancia invadió el cuerpo del joven. Tuvo que sujetarse el vientre con la mano izquierda, mas, a pesar de todo, el ansia de supervivencia era superior y continuó disparando el arma, volatilizando uno de aquellos animales con cada uno de sus disparos.

Los pocos supervivientes que quedaban acabaron, al fin, por huir. Kerl y sus compañeros, franco ya el paso, corrieron hasta la astronave, en donde una docena de ansiosos rostros les aguardaban expectantes.

Pero antes de tocar siquiera el primer peldaño de la escala Kerl dio una orden.

—Despójense de todo: armas, instrumentos, ropas, todo, absolutamente todo.

Unos y otros le miraron estupefactos. Rhona estaba arriba y gritó:

—Kerl, ¿qué ocurre?

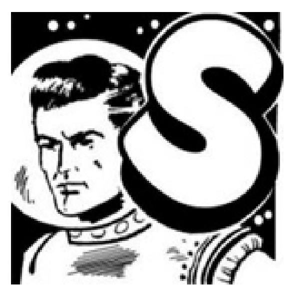
—Retírese dentro. Y los demás también. Que venga sólo un equipo médico para recogernos.

—Señor —dijo el radarista, angustiado—, ¿puede explicarnos lo que ocurre?

Kerl estaba ya tirando todos sus efectos al suelo.

—Nada; sólo que, por pura precaución, tenemos que guardar cuarentena.

CAPÍTULO VIII



U precaución no pudo ser más acertada, Kerl. Dígame, ¿cómo supo que debía guardar cuarentena?

El joven sonrió débilmente. Estaba de pie en la habitación que le había sido destinada y en la que, de modo absolutamente rígido, había permanecido, al igual que los sobrevivientes de la aventura, durante cuarenta días, sujetos a una detenida observación médica.

—Me dio la sensación de que todos aquellos muertos lo habían sido a causa de una epidemia de fulminantes efectos. Muchos de ellos no habían tenido tiempo siquiera de alcanzar la puerta.

—Desde luego —asintió el doctor Bazil, cirujano jefe de la nave—. Hemos estado examinando detenidamente las bacterias que ustedes recogieron en ese planeta y puedo decirle que son algo completamente nuevo para nosotros. Sus efectos son mortíferos, una vez se ha declarado la enfermedad, la cual no tiene período de incubación, al menos aparente. Es decir, que el virus se va desarrollando dentro del cuerpo y, de repente, la enfermedad estalla como una bomba. En pocos minutos el enfermo muere sin remisión y, a juzgar por sus relatos y por lo poco que hemos podido averiguar, casi sin dolor alguno —el médico se acarició la barbilla y prosiguió—: El paciente debe sentirse súbitamente sin fuerzas, exhausto; es acometido de vértigos y mareos, tiembla como un azogado y se ve obligado a dejar cuanto tiene entre manos, acostándose o sentándose en el lugar que tiene más cerca. Después viene la pérdida de conocimiento y un minuto más tarde la muerte por paralización de los centros nerviosos. Una enfermedad bien extraña, a fe, y sin precedente alguno en los anales de la medicina.

—Afortunadamente, la hemos dejado afuera —sonrió Kerl—. Y ¿qué resultado dio el análisis del agua?

Bazil miró fijamente a Kerl.

—Ninguno. Es agua pura, perfectamente potable y reúne las mismas condiciones que la que se sintetiza a bordo.

Kerl abrió mucho los ojos.

—¡No me diga, doctor! Los hombres que vimos morir parecían atacados del tétanos.

—En todo caso, si lleva algún germen o virus en su interior, es demasiado pequeño para el microscopio electrónico que llevamos a bordo y que, como usted no ignora con seguridad, rebasa ampliamente los cien mil aumentos. Pero los exámenes practicados no dejan ningún lugar a la duda.

—Ni tampoco lo que nosotros vimos, doctor —murmuró meditabundo el joven—. Bien, esto es algo que, por el momento, no nos debe preocupar. ¿Cuándo puedo dejar la enfermería?

—Ahora mismo, si usted quiere —dijo el médico—. Se les han practicado, a usted y a sus compañeros, todas las pruebas posibles y médicamente no pueden estar más sanos. Nuevamente le felicito por su precaución de subir completamente desnudos a la nave. ¿Qué catástrofe no hubiera ocurrido si no se da cuenta a tiempo, Kerl?

Éste se estremeció.

—No me hable, doctor. Ahora estaríamos, mejor dicho, nuestros cadáveres estarían a bordo de la nave, que se habría convertido en un ataúd volante. Nadie hubiera podido salvarse y... Bien, mejor será no pensar ya en ello. Gracias por todo. ¡Adiós!

En la puerta se encontró con sus compañeros de cuarentena. Schumann, el radarista, lanzó un gran suspiro de alegría.

—¡Menos mal! —exclamó—. Ya creía que no íbamos a salir nunca de nuestro encierro. Señor —añadió, dirigiéndose al joven—, las enfermeras dijeron que gracias a usted estamos todos vivos.

—No tiene importancia alguna, Schumann —sonrió el joven.

—Ya lo creo que la tiene, señor, y mucha. Para mí al menos, que puedo contarlo. Creo que esos microbios eran unos malos bichos, ¿verdad?

—Así parece, Schumann.

—Bien, pues ya no me queda otra cosa que darle las gracias, señor. La verdad, no se enfade por mi franqueza: cuando usted nos dijo que tiráramos todo, pensé si no se habría vuelto loco. Ahora veo que tenía razón. Gracias de nuevo, señor.

—Hasta la vista, Schumann.

Los otros tres se expresaron en términos parecidos y se despidieron del joven con más afecto del que éste habría esperado, cosa, que no dejó de agradarle. Permaneció unos momentos pensativo en la puerta de la enfermería, y ya se iba a dirigir a su oficina, donde tenía un montón de trabajo atrasado que le estaba aguardando, cuando, de pronto, sintió rumor de pasos dados por una persona que se le acercaba rápidamente.

Alzó la vista. Era Rhona que se dirigía hacia, él, sonriendo, satisfecha, encendida por la carrera.

—¡Kerl!

La muchacha se colgó de su cuello, besándole apasionadamente. Kerl devolvió el beso, sintiendo contra el suyo el cálido contacto de aquel esbelto cuerpo. Luego se separó un momento y la miró a lo profundo de los ojos.

—¡Oh, Kerl, qué largo se me ha hecho el tiempo! Creí que nunca se iba a

acabar el período de cuarentena.

—Pues ya ha terminado, como puedes ver, querida. Ya estoy libre y... Vamos andando, ¿quieres?

Ella asintió, apretándose contra su cuerpo. Kerl rodeaba el talle de la muchacha con el brazo, y durante unos momentos caminaron en silencio, sin decirse nada, sumidos en su felicidad.

—Rhona —dijo Kerl de repente—, tú y yo nos amamos.

—¿Lo dudas? —dijo ella mimosamente.

—No, en absoluto. Pero ¿te has dado cuenta de la serie de problemas que implica nuestro amor?

La muchacha se detuvo y le miró fijamente.

—Si te refieres a ti, personalmente, te diré que no me importa en absoluto, Kerl. Tu padre también fue oficial ejecutivo, y esto no impidió que tu madre le amase intensamente. ¿Es cierto o no?

—Pues...

—Yo te quiero a ti, no al cargo, Kerl. Lo mismo te amaría si fueras el presidente o el último de los paleros. Los comentarios me traen sin cuidado, y, por mi parte, pueden hablar y murmurar hasta que se les caiga la mandíbula.

—No me refería a eso, Rhona —dijo él muy serio—. Te estoy infinitamente agradecido por el amor que me demuestras, pero ¿te has dado cuenta de que acaso haya de pasar mucho tiempo antes de que podamos casarnos?

El rostro de la muchacha se ensombreció un momento.

—No me importa —murmuró al cabo—; esperaré todo lo que sea posible y el día en que me convierta en tu mujer será para mí el día más feliz de mi vida. Sé que eres tú el encargado de hacer cumplir las leyes y también sé que no te aprovecharás del cargo para alterar el orden establecido. Me darías una gran decepción si así lo hicieras, ¿comprendes?

Kerl la estrechó tiernamente contra sí.

—Eres un don del cielo, indigno de un pobre pecador como yo, Rhona.

—Solamente te quiero, Kerl; lo demás no me importa nada en absoluto.

Caminaron un poco más, en silencio. Después él dijo:

—Tengo mucho trabajo ahora, Rhona. ¿Te importaría aguardar hasta la noche para cenar conmigo?

Ella le sonrió de manera encantadora.

—Aguardaré con impaciencia ese momento —se puso de puntillas y rozó con sus labios los del joven—. Hasta la noche, pues, querido.

Kerl y Rhona se separaron. Aquél se encaminó hacia su oficina, en donde su segundo, después de acogerle con comedidas muestras de placer, le puso al corriente de cuanto había sucedido durante su forzosa ausencia. El aislamiento de la cuarentena había sido tan absoluto, que el joven había perdido por completo el hilo de los acontecimientos.

Llevaba un par de horas trabajando con afán, cuando por el intercomunicador le participaron que Gollin deseaba verle.

—Muy bien —respondió—; ahora mismo voy para allí —y a su segundo —: Siga usted; yo continuaré luego.

—Sí, señor.

Gollin le miró desde detrás de su mesa de despacho. En el severo rostro del presidente se veía una débil sonrisa de satisfacción, pero Kerl sabía que Gollin no era hombre dado a excesivas efusiones sentimentales.

—Muy bien, Kerl —dijo—, muy bien. Siéntese; deseo hablar con usted.

—Me tiene a su disposición, señor.

Gollin tabaleó unos momentos sobre la mesa. Su rostro se volvió unos momentos hacia la cercana claraboya. Habló en esta posición.

—Kerl, la situación de la nave no es buena.

—Sí, señor.

—Usted ha permanecido aislado durante su cuarentena, lo cual, dicho sea entre paréntesis, nos ha salvado a todos la vida. Pero durante su encierro han ocurrido algunos incidentes.

—Estoy informado en parte, señor.

—Me alegro; así me evita la repetición de lo sucedido. Bien, Kerl, quería decirle que esto demuestra que la salud mental de los habitantes de la nave va decayendo por momentos, a medida que las esperanzas de alcanzar el planeta término se van esfumando.

—Sí, señor.

—Hace unos días el Consejo se reunió para ver de adoptar una decisión. Casi resulta superfluo decirle que nadie le supo poner el cascabel al gato.

Kerl sonrió.

—Es que es un gato muy difícil de atrapar, señor.

Gollin suspiró.

—Lo sé. Pero no hay más remedio que intentarlo.

—No veo cómo, señor, si le he de hablar con toda franqueza. Todo cuanto podemos ambicionar, menos un trozo de césped, una corriente de agua y un soplo de brisa, lo tenemos a bordo. Es inútil que se inventen juegos ni que se procuren distracciones. La gente está harta de su encierro y quiere salir, eso es todo.

—Pero si hubiéramos anclado en el último planeta, ahora estaríamos muertos todos. Y lo mismo hubiera sucedido en el anterior.

—Un poco de peligro no hubiera venido mal; el espíritu se agudiza cuando el cuerpo se ve obligado a hacer frente a situaciones inesperadas. Pero quedarnos en un sitio donde la muerte es segura es algo que sólo un loco podría hacer.

—Lo mismo pienso yo, Kerl —suspiró Gollin—. Y lo malo es que no podemos hacer nada, absolutamente nada, salvo vigilar y evitar que se produzcan desórdenes.

—¿Cree usted posible alguna alteración en las próximos días, señor?

Gollin asintió.

—Dentro de pocos días se efectuarán las elecciones para delegado medio.

Hasta mis oídos han llegado rumores de que algunos descontentos, aprovechando la ocasión, piensan hacer algo, con tal de lograr sus propósitos.

—Haré que todas mis fuerzas estén alerta, señor, y le aseguro que no dejaré que unos cuantos levantiscos provoquen un motín, cuyo comienzo se sabe, pero cuyo fin se desconoce.

—Así suele ocurrir en la mayoría de las ocasiones, Kerl.

—Sí, señor. Ahora le agradecería que me dijera, si lo sabe, el nombre de los más conspicuos. Con esto tendría una base para actuar y...

Gollin sonrió misteriosamente y luego dije:

—Pues... lo siento, Kerl, pero no lo sé. Tendrá que apañárselas usted mismo para averiguarlo.

—Un poco difícil es la tarea, señor, pero pondré todo mi empeño en conseguirlo —y el joven se asombró cuando Gollin, en absoluto silencio, le alargó un papel en el que había escritos media docena de nombres, además de una nota.

Es muy posible que nos estén escuchando. Apréndase de memoria los nombres y luego queme este papel.

Kerl miró a Gollin y le sonrió con aire cómplice.

—Una lástima, señor —dijo, guiñándole un ojo—, porque esto dificulta considerablemente mi trabajo. En fin, veré lo que hago y en el momento oportuno le participaré el resultado de mis investigaciones. ¿Le importa que fume, señor?

—En absoluto. Ahora mismo iba yo a invitarle. Tome —dijo Gollin, y le alargó un cigarrillo.

Mientras expulsaba el humo, Kerl contempló cómo las llamas devoraban la notita que Gollin le había entregado. Tenía una memoria fotográfica y le había bastado leer la lista un par de veces para apréndemela por completo.

En su oficina reunió a su ayudante y a cuatro de los hombres más fieles. Después de haberles explicado lo que sucedía, les impartió las instrucciones necesarias.

Luego se quedó solo en la habitación y se dedicó al trabajo. Tenía mucho que hacer y aún faltaban tres horas para la cena.

Había pasado un rato que no supo calcular, cuando, de pronto, oyó un ruidito sospechoso en la puerta de la cámara. Su primera intención fue echar mano a la pistola radiónica que tenía al alcance de su mano, pero pronto vio que no era necesario.

Un papelito se deslizaba por debajo de la puerta, empujado por alguien que estaba al otro lado. Kerl se levantó rápidamente y se fue hacia la puerta, abriéndola de un seco tirón.

Allí no había nadie. Su despacho daba a una especie de círculo que era más bien una gran plaza, de varios pisos, unidos entre, sí por escaleras rodantes, en aquel momento detenidas, y delante del muro circular, al cual asomaban infinidad de puertas, había una gran plataforma, con una barandilla para

prevenir posibles caídas. Apoyados en la barandilla había cuatro o cinco guardias, charlando animadamente entre sí, los cuales se incorporaron rápidamente al verle asomar.

—¿Deseaba algo de nosotros, señor? —dijo uno de ellos deferentemente.

—No, no; gracias —contestó el joven, seguro de que las respuestas que habría de obtener a su posible pregunta serían negativas.

Cerró de nuevo la puerta y, agachándose, tomó el papel.

No había escrita más que una línea, pero elocuente en grado sumo, dentro de su lacónica sencillez:

Queremos volver a la Tierra.

«¡Volver a la Tierra!», murmuró el joven para sí, estrujando el papel hasta reducirlo a una bola. «¡Volver a la Tierra!», repitió, acercándose lentamente a la claraboya.

Una vez más —¿cuántas?, ¿cien, mil, diez mil?— miró a través del grueso vidrio, contemplando las estrellas que parecían inmóviles, brillando hieráticas, fijas, en el espacio. ¿Tendrían que dejar transcurrir su vida dentro de aquella cárcel de metal?

Volver a la Tierra. Nadie la había visto, nadie sabía cómo era, mas todos, en su subconsciente, quizá por un vago sentimiento atávico, la conocían y la presentían en su interior. No era exactamente la Tierra el planeta que deseaban, sino uno más o menos parecido, donde poder vivir y morir en libertad, gozando y sufriendo, trabajando y afanándose, pero libres de aquella falsa labor que desempeñaban a bordo y que, lenta y corrosivamente, iba enmoheciendo los espíritus. Eran ya muchos años de encierro; todos los que actualmente se hallaban a bordo habían nacido ya dentro de la nave y desde su más tierna infancia les había sido imbuida la idea de que un día llegarían a un planeta donde el cielo sería azul y la hierba verde, donde el sol saldría todos los días y se pondría al llegar la noche, donde haría frío y calor, donde habría paz y tormentas... Y los días, los meses y los años pasaban y pasaban y nadie veía alcanzado el objetivo.

Kerl llegó a pensar por un momento en que se hallaban a bordo de una nave maldita, condenados a vagar eternamente por el espacio. Pero no, era una simple fantasía de su cerebro sobreexcitado por las últimas noticias recibidas, por la conversación sostenida con Gollin y por el anónimo que aún tenía en la mano. Debía ser fuerte, o de lo contrario, si él flaqueaba, la anarquía se apoderaría de la nave, y esto originaría, sin ningún género de dudas, la destrucción de la misma y, por consiguiente, de sus más caras esperanzas, las cuales no se verían nunca logradas.

Sacudiendo la cabeza, volvió al trabajo. Sonrió para sí, pensando que, aun en las condiciones en que se hallaban, la labor burocrática no había desaparecido del todo. Informes por aquí, informes por allá... que había que despachar, pese a todo.

Se le pasó el tiempo de tal forma que, cuando se dio cuenta, era ya casi la

hora de cenar. Entonces, de modo apresurado, dejó todo a un lado y salió de su cámara, dirigiéndose al lugar convenido.

Rhona no dejó de advertir en su rostro las señales de la preocupación que dominaba al joven, mas, discreta, se abstuvo de hacerle ninguna pregunta a tal respecto. Por el contrario, se mostró alegre y animada, y con sus palabras consiguió desarrugar el ceño del joven.

—¿Sabes? —dijo al cabo de pocos momentos—. He estado estudiando las estadísticas, he compulsado datos y he llegado a averiguar que, como máximo, dentro de tres años podremos casarnos.

—¡Tres años! —exclamó él—. ¡Pero eso es magnífico, Rhona! ¿De dónde lo sacaste?

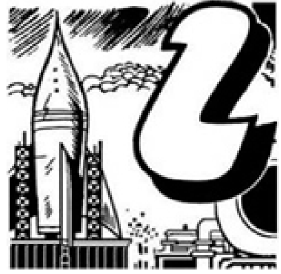
Ella le hizo un guiño picaresco.

—Convencí a tu ayudante de que...

Rhona fue interrumpida bruscamente por una voz que sonó, imperativa, a través de la red de megáfonos de la nave:

—Oficial ejecutivo de seguridad, preséntese inmediatamente al capitán de rutas.

CAPÍTULO IX



A muchacha no quiso dejarle, y, pese a su insistencia, Kerl se vio obligado a ceder. Los dos, ante la expectación general, sentimiento que, eventualmente, había sustituido a la antipatía que casi todos sentían por el joven, se encaminaron hacia la cámara de derrota.

El capitán de rutas les recibió en su despacho, contiguo al cuarto de control. Karl lo vio pálido y tembloroso.

—¿Qué ocurre? —inquirió secamente.

—Algo gravísimo. Venga conmigo. ¡Hum!... La señorita debe...debería quedarse aquí.

Kerl frunció el ceño. Intuía algo desagradable en la actitud del capitán y se volvió hacia la muchacha.

—Quédate aquí, te lo ruego.

Ella, los ojos brillantes, asintió. Luego, los dos hombres pasaron al cuarto de control.

Apenas hubieron franqueado la puerta, Kerl lanzó un silbido y no precisamente de admiración. El espectáculo que tenía ante sus ojos era para horrorizarse.

Dos hombres yacían en el suelo, con los cráneos rotos a golpes, en medió de sendos charcos de sangre. La forma en que se hallaban y las heridas que se advertían en sus cabezas bastaban para saber la triste suerte que habían corrido.

El espectáculo era realmente horroroso, pero aún había algo peor.

—¡Cielos! —exclamó el joven, atónito, pasando la mirada en torno suyo.

Parecía como si una banda, de salvajes hubiera pasado por la cámara. Infinidad de aparatos, todos ellos de delicadísima construcción, se veían completamente destrozados, con saña, con ciega furia, como si alguien, poseído por la insana locura de la destrucción y la ruina, pretendiese con su maligna acción la destrucción de la nave. Era algo que no se concebía, y Kerl así se lo hizo notar al capitán Riklik.

De pronto, un ahogado gemido se oyó a espaldas de los dos hombres. Kerl se volvió rápidamente y ahogó una imprecación.

—¡Rhona! —exclamó irritado—. Te dije que no vinieses.

La muchacha no había podido resistir la tentación y aparecía en la puerta de la cámara, aunque ahora se había vuelto de espaldas para no presenciar el horrendo espectáculo. Kerl la llevó al despacho del capitán, dejándola allí, con encargo de no moverse para nada.

Hecho esto, regresó de nuevo junto a Riklik.

—Ni una palabra a nadie de lo sucedido, capitán —dijo, y el hombre, visiblemente amedrentado, asintió—. Si se entera la gente de lo que ha ocurrido, el pánico cundirá a bordo y usted mismo puede, si tiene la suficiente imaginación, hacerse una idea de lo que ocurriría en tal caso, ¿no es así?

El capitán de rutas asintió, tragando dificultosamente.

—Bien —dijo Kerl, recobrada ya la serenidad. Nuevamente volvía a ser el mismo de siempre, frío, calculador, eficiente—. Lo primero que conviene hacer, una vez hayamos despejado la cámara, es una evaluación de los daños sufridos. ¿Cree usted que podrán reparar los aparatos de control y dirección?

—Algunos sí, podrán ser reconstruidos de nuevo. Pero otros... —y el encargado del rumbo de la nave movió la cabeza con aire pesimista.

—No importa —dijo Kerl—; haremos lo que podamos. Usted, secundado por un par de oficiales de los de más confianza, pondrá en orden todo esto. Yo, con mis hombres, me encargaré de las investigaciones pertinentes. ¿Tiene usted alguna vaga idea, algo que pueda suministrarnos un indicio, por leve que éste sea?

El oficial sacudió la cabeza. Kerl, entonces, se acordó de un detalle y, sacando el anónimo que recibiera aquella tarde, lo desplegó ante los ojos de su interlocutor.

—¿Ha leído usted algo similar, capitán?

—No, señor; es la primera vez...

—Pero, sin duda, no ignora que hay un descontento general a bordo, ¿verdad?

—Eso sí. Es harto perceptible para que el más lerdo no se diera cuenta siquiera de ello.

—Muy bien —dijo Kerl, guardándose de nuevo el papel—. No se mueva de aquí; yo voy a hacer que comiencen las investigaciones.

Con paso rápido salió de la estancia y se dirigió al despacho del capitán, donde Rhona le aguardaba.

La muchacha le miró, con los ojos muy abiertos y una expresión inquisitiva en su rostro.

—Será mejor que te vayas a dormir —dijo él—; yo tengo mucho trabajo y no podría atenderte como quisiera.

—Está bien —murmuró ella, poniéndose en pie—. Pero, por lo que más quieras, cuídate, Kerl. No sé por qué... pero tengo miedo.

Él le acarició la mejilla suavemente.

—No tienes motivos para ello —dijo, a sabiendas de que mentía.

Cuando se hubo quedado solo, manejó el intercomunicador, llamando a su oficina. Impartió una serie de breves y lacónicas órdenes, poniendo en marcha

el mecanismo de la justicia, y luego volvió al cuarto de control.

Encargó al capitán de rutas que llamara a tres o cuatro de sus hombres de confianza para que comenzaran las reparaciones cuanto antes, encargándoles la más absoluta discreción. Esto se efectuó apenas se hubieron llevado los cadáveres los miembros del servicio sanitario, a quienes les fue igualmente encomendado el silencio. Con su ayudante efectuó una serie de inspecciones que casi no le dieron ningún resultado práctico, y después de ello regresó a su despacho.

Se sentó ante su mesa, con la cabeza hundida entre las manos. En aquellos momentos se sentía enormemente desalentado, abatido, sin ánimos para proseguir su tarea. Desde que se encargara de la seguridad de la nave, se había entregado a la labor como un esclavo, tomándose su misión con la iluminada fe del misionero, queriendo llevar a buen puerto la nave.

Pero no era culpa suya si los ánimos flaqueaban... Eran humanos los habitantes de la nave y era lógico que se portasen como tales. ¿Tenía él la culpa de que en el decurso de los años no hubieran hallado ningún planeta habitable? Todos cuantos tenían algún cargo de responsabilidad habían hecho lo imposible por conseguir su misión. A nadie se podía culpar de negligencia u omisión en el cumplimiento de su deber, y la muerte de los dos astronavegadores, a su juicio, se debía más a un atentado de carácter terrorista, con el fin de intimidar a la población y llevarla por el camino que deseaban los agitadores, que a motivos de índole personal.

* * *

El día de las elecciones llegó, sin que sus investigaciones hubiesen adelantado lo más mínimo. Kerl ordenó reforzar el servicio de seguridad y como era imposible tener agentes secretos, pues a pesar de ser más de quince mil personas, el espacio tan reducido en que se movían, hacía que todos fueran conocidos, lo hizo principalmente porque se viera que no estaba dispuesto a tolerar desórdenes. Jamás había ocurrido el menor incidente en ningún período electoral y no quería que ahora sucediese.

Sin embargo, se daba cuenta de que algo flotaba en el ambiente y no de carácter espiritual, sino más bien físico. Era un sentimiento, un desasosiego de carácter raro, que parecía brotar del interior del cuerpo hacia la epidermis, causando en ésta una leve sensación de hiperestesia, como si la ropa que llevase fuera demasiado áspera. Ya hacía dos o tres días que lo notaba, pero, hasta entonces, no le había concedido importancia alguna.

Se cruzó con varios grupos de gente que se dirigían a los respectivos colegios electorales. Algunos, hombres sobre todo, le miraron con hostilidad muy poco oculta; muchos volvieron la cara al pasar él y no faltaron los indiferentes a quienes les importaba un bledo su presencia allí.

Él también tenía que votar y, por curiosa coincidencia, en el mismo colegio que Rhona. La esperó antes de entrar a depositar su papeleta en la urna.

Al salir, ella le miró sonriente.

—¿Sabes por quién he votado, Kerl?

—No tengo la menor idea, Rhona, y además te diré que no soy curioso.

—En este caso deberías serió. Tu nombre iba en mi papeleta.

—¡Oh! —exclamó él—. Vaya una locura.

—¿Locura? ¿Por qué? Tú lo harías mejor que muchos, Kerl. Tienes la cabeza firme y en todo momento sabes lo que quieres y el camino que debes seguir para obtenerlo.

—Siempre que sea lícito, por supuesto —arguyó él.

—Desde luego. Nunca supuse que ambicionases nada prohibido y...

La muchacha se interrumpió.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él.

Pero Rhona, de momento, no le contestó, muy ocupada, al parecer, en rascarse el brazo izquierdo. Se dio cuenta de que Kerl la estaba observando y suspendió la operación, enrojeciendo vivamente.

—Dispénsame —murmuró, abochornada—; pero no he podido contenerme. Ya sé que es una acción incorrecta y...

—No te preocupes —sonrió él—; no tiene la menor importancia. ¿Por qué no vas a ver al médico? Quizá hayas comido algo en malas condiciones de salubridad.

—Pudiera ser. Más tarde haré lo que dices y... ¡Caramba, Kerl; este dichoso picor aprieta más de lo debido!

Pero entonces, los agudos ojos del joven se fijaron en que varias personas de las que estaban allí, aguardando el momento de depositar sus papeletas en las urnas, se rascaban también, sin preocuparse poco ni mucho de la descortesía que suponía el gesto.

Kerl frunció el ceño.

—Esto no me gusta —murmuró para sí, pero no tan en voz baja que no lo oyera la muchacha.

Rhona le puso la mano sobre el brazo.

—Kerl, ¿qué es lo que temes ahora? Háblame, por Dios.

—No lo sé —repuso él con los labios prietos—. Pero yo también noto desde hace días algo parecido a lo tuyo.

—¿Una epidemia? —palideció la muchacha.

—No puedo asegurarlo, Rhona. Sin embargo, a la vista de los síntomas, lo mejor será que vayamos a ver al cirujano jefe, doctor Bazil.

Encargó a uno de los guardias que si ocurría algo lo llamaran en el lugar indicado y, acompañado de Rhona, se dirigió hacia allí.

A Kerl no le extrañó en absoluto ver al doctor Bazil rascarse furiosamente la espalda con una regla. El joven rió al advertir la cara que ponía el médico, sorprendido «in fraganti» en lo que él consideraba algo que sólo podía hacerse en la intimidad más estricta.

—Siga rascándose, doctor —dijo—; pero tenga mucho cuidado en no hacerse ampollas en la piel.

—¡Maldito picor! —refunfuñó el galeno—. Hace ya unos cuantos días que

lo tengo y...

Kerl hizo sentarse a la muchacha y él se apoyó en la mesa tras la cual se hallaba el médico.

—Doctor —exclamó—, ¿se ha molestado en averiguar que usted no es el único en sufrir esa molesta picazón? A la señorita Queller, mi prometida, le sucede lo mismo. A mí me ocurre también, aunque en menor intensidad y, por lo que respecta a los demás, puedo decirle que he visto a bastantes personas rascándose furiosamente algunos de los miembros de su cuerpo.

Bazil abrió mucho los ojos.

—¡Caramba! Eso que me dice es nuevo para mí, Kerl. Creía ser el único, porque sólo me rascaba cuando estoy solo, pero ahora tengo la seguridad de que a algunos de mis ayudantes les sucede lo mismo. Les he visto un poco inquietos y desasosegados...

—Eso es justamente lo que me ocurre a mí. Doctor, aquí tiene trabajo. Es preciso averiguar lo que ocurre y ver sí estamos en el umbral de una nueva epidemia, que acaso pudiera tener consecuencias catastróficas para la población de la nave.

Por un momento, Bazil llegó a olvidarse de su comezón.

—¡Diablos! —exclamó a media voz—. Sería gravísimo que tal cosa pudiera suceder, Kerl.

Una súbita sospecha invadió la mente del joven.

—El frasco de agua que cogimos en aquel planeta...

—Una vez analizada, se lanzó al espacio, en un recipiente herméticamente cerrado, sujeto a un cohete de socorro —dijo el médico, meneando la cabeza —. Y en cuanto a la epidemia que acabó con los habitantes de la otra nave, no puede ser, porque hace ya tres o cuatro días que notamos esa desazón y, de ser cierto, ya estaríamos todos muertos.

—¡Hum! Pues entonces no sé a qué achacarlo, doctor. De todas formas, convendría que se pusieran inmediatamente al trabajo. Esta hiperestesia de la epidermis no es natural, por supuesto; pero, no habiendo gérmenes extraños a bordo...

—No lo sabemos —dijo Bazil gravemente—. Quizá los hayamos exterminado a todos; pero ¿y si no hubiera sido así? Conocemos los microbios, bacterias y virus de tipo terrestre, más otros que se han desarrollado durante nuestro viaje; pero ignoramos si, a pesar de todas nuestras precauciones, algunos, de un género completamente desconocido, han podido filtrarse a bordo. Recuerde, Kerl, que en el planeta donde fuimos, valga la palabra, atacados por los árboles, no se tomaron apenas precauciones contra la infiltración microbiana. Acaso sean unos microorganismos de largo período de incubación; esto es algo que, por ahora no podemos saber. Sin embargo, de una cosa estoy seguro, Kerl, y es que ahora mismo, sin pérdida de tiempo, nos vamos a dedicar intensamente al trabajo.

—Guarde discreción, por favor, doctor —le recomendó Kerl—. Últimamente han ocurrido varias cosas muy desagradables y estoy tratando de

evitar el pánico a bordo. Si esto sucediese, la situación, más que gravísima, podría calificarse de fatal.

—Entendido, Kerl, y esté seguro de mi silencio. ¡Maldito picor! —gruñó el médico, comenzando a rascarse de nuevo, sin el menor respeto para sus visitantes.

Cuando estuvieron fuera, Rhona le miró.

—Kerl, estoy un poco aprensiva. ¿Qué crees tú que puede ser esto?

—Sé lo mismo que tú, querida. Lo único que nos queda es tener un poco de paciencia y aguardar a que el doctor Bazil haya dado término a sus investigaciones.

De manera sorprendente, y contra los temores de Gollin, las elecciones se celebraron sin el menor incidente. Pero aquel raro fenómeno de la picazón se había propagado de modo absoluto, sin que nadie pudiera verse libre de él y sin que los remedios propuestos por los médicos surtieran otra cosa que unos efectos momentáneos.

La cosa empezó a preocupar. Tres días más pasaron y el picor general iba en aumento, aunque al cuarto día pareció adoptar una tendencia a la estabilización. En la epidermis no se advertía nada de particular, pero todo el mundo andaba molesto e inquieto, nervioso por la falta de sueño e incluso se había producido una pérdida general de apetito que no pudo por menos de preocupar, a Kerl.

Ya llevaban una semana así. El joven había descuidado un tanto sus trabajos, ya que para ello necesitaba de la colaboración de sus ayudantes y éstos no se encontraban en condiciones de hacer nada que requiriese una continua atención. Empezaban ya a verse rostros macilentos y ojos hundidos, al mismo tiempo que un sordo descontento, ahora con cierta razón, invadía la nave.

En el décimo día de producirse aquel extraño fenómeno, Kerl fue llamado al cuarto de control. El joven acudió, siendo recibido por el capitán de rutas en persona.

—Tengo que comunicarle algo excepcionalmente grave, Kerl —dijo el oficial, sin andarse en vanos preámbulos.

—¿De qué, se trata, capitán?

—Sencillamente, de algo inesperado y que, en otras condiciones, podría resultar hasta incluso increíble. Pero, después de lo sucedido, no tenemos otro remedio que aceptarlo como bueno. Kerl, nuestra velocidad ha aumentado terriblemente.

La sorpresa recibida por el joven fue enorme. Antes de que pudiera formular ninguna pregunta a su oponente, éste continuó:

—Se destruyeron muchos aparatos que no ha sido posible substituir y que, quizá, ni siquiera andando el tiempo, puedan reponerse. Eran aparatos delicadísimos, fabricados en la Tierra y concebidos para durar miles de años sin la menor interrupción.

—Bien, pero ¿qué tiene esto que ver con la noticia que usted me iba a

comunicar, capitán? ¿Se relaciona con el aumento de la velocidad?

—Muy sencillo, Kerl. Quiero decirle que acaso pueda estar equivocado, pero tenemos otros aparatos más sencillos, que pudieron conservarse intactos, y a base de los cuales se han efectuado ciertos cálculos que nos han llevado a estimar el aumento de velocidad como muy superior a la de la luz.

Kerl se quedó boquiabierto al escuchar la increíble noticia.

—¡No! —exclamó.

El capitán de rutes asintió con pesado gesto.

—Sí, Kerl. Es algo absolutamente positivo y comprobado. Durante estos diez últimos días hemos estado acelerando brutalmente, pasando de una velocidad de crucero de unos cien mil kilómetros a la hora, a ésta que actualmente llevamos y que puede estimarse, como mínimo, en diez veces superior a la de la luz.

Sin fuerzas repentinamente, Kerl se dejó caer en una silla.

—Pero... ¿cómo puede ser eso, capitán?

—¿Recuerda usted la destrucción de los aparatos de control? Para mí este es el origen de todo. Estamos volando en una nave sin gobierno, recorriendo el espacio a una velocidad jamás soñada por el hombre, ignorando a dónde vamos, puesto que nuestra misma marcha nos impide casi hacer observaciones astronómicas. Vea, venga conmigo y convénzase de que cuanto le estoy diciendo es la pura verdad.

Rascándose instintivamente, los dos hombres se acercaron a una gran lucerna que había en la cámara. Kerl miró a través del vidrio y durante unos momentos permaneció quieto.

Al cabo de unos momentos se volvió hacia Riklik.

—¡Gran Dios! —exclamó, la frente perlada por el sudor—. Es cierto. «Las estrellas se mueven».

El otro movió lentamente la cabeza de arriba abajo.

—Justamente. Se mueven porque nosotros vamos a una velocidad tremenda. Recuerde cuando viajábamos de modo normal; tardaban meses y aun años en cambiar ligeramente su posición en el espacio. Pero, ahora, ¿se da cuenta? Parece que se vayan quedando rezagadas, en tanto nosotros caminamos.

Kerl volvió a mirar por la lucerna. Era cierto, absolutamente cierto, y lo raro era que nadie hubiera reparado en tal detalle. Claro era que de las cosas del gobierno de la nave sólo se ocupaban los especialistas y por esta misma razón nadie se había preocupado de su velocidad, sobre todo, en aquellos momentos, que todo el mundo andaba molesto y extraño con la rara enfermedad del picor.

Maquinalmente, Kerl fue a rascarse el brazo, pero de repente se dio cuenta de que ya no le picaba. Aquella comezón acababa de desaparecerle de repente, de un modo brusco, como si jamás la hubiera tenido.

—¡Diablos! —exclamó.

—¡Caramba! —dijo el capitán de rutas—. Kerl, ¿sabe que me ha

desaparecido el picor?

Antes de que ninguno de los dos hombres tuviera la menor ocasión de efectuar algún comentario sobre el tema, un clamor general estalló en la nave.

Kerl, seguido por el oficial, se lanzó fuera de la cámara. Salió al amplio corredor que daba al centro de la nave y vio a cientos, quizá miles de personas, danzando y saltando, locas de alegría, gritando frenéticamente por verse libres de la molesta enfermedad.

Súbitamente, una sospecha se filtró hasta el cerebro del joven.

—Capitán —inquirió—, ¿dice usted que hace unos diez días que empezamos a acelerar?

El interpelado asintió firmemente.

—Entonces —murmuró el joven para sí—, creo que tengo ya la solución del problema. Creo —añadió— que seguimos viajando por el espacio a la velocidad que usted indicó anteriormente, pero también estimo que tal velocidad se ha estabilizado.

—Me parece que empiezo a comprenderle, Kerl —dijo el capitán.

—Yo juraría que todos esos picores fueron provocados por un aumento irrazonado de la aceleración. Una vez alcanzado el punto máximo de ésta, las molestias han desaparecido.

—Entonces... ¿qué hemos de hacer? —preguntó el oficial.

—Eso, es cuenta suya, capitán. Reúnase con el supervisor de máquinas y demás técnicos. Averigüen si pueden reducir la velocidad y si ésta no nos producirá graves desperfectos en la maquinaria de la nave: Traten también de averiguar cuál es nuestra ruta y, sobre todo, si hallan el medio de desacelerar, que sea lo menos brusco posible. Recuerde que vamos volando a una velocidad más de diez veces superior a la de la luz. El resto... lo dejo a su imaginación, capitán.

El oficial asintió, entregándose frenéticamente a su trabajo. Kerl fue a ver a Gollin, a quien informó de lo sucedido con todo detenimiento, sin ocultarle el menor detalle.

El presidente se mostró hondamente preocupado.

—Esto es grave, Kerl.

—¿No cree que, acaso pueda constituir, con el tiempo, una ventaja para nosotros?

—¿Qué clase de ventajas podemos obtener de esta velocidad fantástica, Kerl?

—La más pronta llegada a un planeta que nos permita desembarcar, señor.

—¿Ya se conoce el medio de frenar, Kerl?

El joven sacudió la cabeza.

—No, señor; pero tengo confianza en los especialistas. Hay algo que sobra a bordo y es el tiempo. No se ve ningún sistema planetario en las inmediaciones, de modo que el choque brusco contra un planeta, que causaría la instantánea desintegración de la nave, no es cosa que pueda preocuparnos por el momento.

—Bien, Kerl, quizá tenga usted razón; De todas formas, admiro su fe. A mí me gustaría ser igual y...

El presidente fue bruscamente interrumpido por el persistente zumbido del intercomunicador. Gollin movió una palanquita y al momento miró a Kerl.

—Es para usted.

Antes de que el joven hubiera podido hablar, oyó una voz muy conocida a través del megáfono.

—Kerl, por favor, ven a verme cuanto antes. Tengo que comunicarte algo de suma importancia.

—Está bien, Rhona; iré enseguida —se puso en pie y miró a Gollin—. Con su permiso, señor.

—Vaya, vaya; seguiremos hablando en otra ocasión.

El joven se encaminó hacia el lugar donde habitaba Rhona, muy intrigado por el tono de apremio que se advertía en las frases de la muchacha. Se dio toda la prisa posible en llegar al lugar de la cita, y cuando estuvo frente a Rhona, se enteró de las causas que habían motivado la llamada de la joven.

Rhona estaba sujeta por los brazos por un hombre a quien Kerl conocía muy bien: K'Dongo. Al otro lado estaba Kurkle, el antiguo oficial astronavegador y un poco más allá, amenazándole con sendas pistolas radiónicas, se veía a Stinnes y Tzarkoi, dos de los delegados superiores descontentos.

CAPÍTULO X



L negro soltó una gran carcajada al ver entrar a Kerl.

—¡Muy bien! —exclamó—. Ya lo tenemos aquí.

—Cierren la puerta —rugió Kurkle, y Stinnes obedeció instantáneamente, empujando acto seguido con el cañón de la pistola al joven hacia el centro de la estancia.

—Me obligaron a llamarte, Kerl —murmuró ella, dolorida.

El joven sonrió débilmente.

—No te preocupes, querida. Verás como todo sale bien.

—Está usted alardeando de algo que todavía ignora, Kerl —dijo K'Dongo —. No haga promesas que todavía no sabe si va a poder cumplir.

Kerl miró fríamente a los traidores.

—Más de una vez han escupido a mi paso —dijo tranquilamente—, pero si la gente lo supiera, en lugar de escupir les lincharía. Sobre todo, a ustedes dos, Stinnes y Tzarkoi.

El segundo de los mencionados se encogió de hombros con indiferencia. En cuando al otro, Kerl supo que se habían crispado sus manos, por la súbita presión de la pistola contra sus riñones.

—Eso no nos importa ahora —gruñó Tzarkoi—. Lo único que queremos es una cosa.

—Hacer que la nave vuelva a la Tierra, ¿verdad? —sonrió irónicamente el joven

—¡Qué listo! ¿Cómo lo adivinó? —rió Kurkle.

Antes de contestar, Kerl miró a Tzarkoi.

—¿Qué hacen estos individuos aquí? Éste no es su sitio y ustedes lo saben de sobra.

—Los necesitábamos y los trajimos con nosotros —contestó el interpelado —. ¿Algo más?

—Sí —añadió Kurkle rencorosamente—. No crea que olvido las sanciones que usted me impuso, especialmente la última. Me hizo perder la personalidad, y le juro que se lo voy a hacer pagar...

No pudo proseguir.

—¡Cállate! —gritó Tzarkoi—. Tú no harás nada sin nuestro

consentimiento, o de lo contrario daremos que sentir.

Las manos de Kurkle se agitaron siniestramente en el aire.

—Déjenme. Déjenme unos minutos a solas con él. Quiero estrangularle, apretarle el cuello hasta que le falte la respiración y ver cómo asoma su lengua poco a poco...

La pistola de Tzarkoi se volvió amenazando hacia el exastronavegador.

—Si haces algo sin que yo te lo ordene, Kurkle, juro que te desintegro, ¿me entiendes? Retírate a un lado y no te muevas hasta que yo te lo diga.

—¡Eso es! —chilló el aludido, furioso, perdidos los estribos—Ustedes se han aprovechado de nosotros, y ahora que tienen todo conseguido, tratan de arrojarnos a un lado, como un limón exprimido. Pero, se cree que yo voy a tolerar...

Kurkle calló de pronto. Su rostro adquirió, de repente, una expresión de inmensa angustia, pero tal gesto duró apenas una décima de segundo, porque casi al instante se volatilizó, convertido en una nauseabunda nube de humo, que esparció su hediondo olor por la reducida atmósfera de la cabina.

Rhona gimió, tratando de ocultar su rostro entre las manos, mas, imposibilitada por la presión de las de K'Dongo, hubo de limitarse a volver la cabeza a un lado, cerrando los ojos al mismo tiempo.

Kerl permaneció impasible, sin mover un solo músculo de su rostro.

—Una manera muy cómoda de suprimir un testigo molesto, ¿verdad, Tzarkoi? —dijo—. O acaso estaría mejor expresado de otra manera: más que un testigo, un ayudante que quería asumir para sí el papel de director. ¿Quiere corregirme si me equivoco?

—No —dijo a sus espaldas, rencorosamente, Stinnes—. No se equivoca, Kerl; ha dicho la verdad.

—Entonces, también seré verídico si añado que Kurkle y K'Dongo fueron los autores de la muerte de los dos oficiales de astronavegación, así como el destrozo de los aparatos de control. Por instigación de ustedes dos, ¿no es así?

—Posiblemente —repuso Tzarkoi, con cierto acento de cautela—. Pero esto no importa ahora; en el momento actual, lo interesante es...

—Dispénseme si le interrumpo —dijo cortésmente el joven—. Por el contrario, yo sí creo que conviene dejar bien aclarado este punto ahora, antes de seguir adelante con la discusión. Fueron ustedes dos los que instigaron, a Kurkle y K'Dongo a que cometieran los crímenes ya relatados. En vista de que de otra forma no lo podían conseguir, sacrificaron fríamente, sin importarles en absoluto sus vidas, dos víctimas inocentes. Querían crear a bordo un clima de terror e inseguridad, con tal de conseguir sus inicuos fines.

—¿Llama usted fines inicuos a unas lógicas ansias de volver a la Tierra, Kerl? —exclamó Tzarkoi abruptamente.

—No, si se alientan de un modo legal, pero nunca matando y asesinando a la gente. Recuerden que el Consejo denegó la vuelta por doce votos a cuatro.

—Estaban influidos por usted, Kerl —gruñó Stinnes—. Ahora, todo se habrá acabado y podremos hacer lo que antes deseábamos.

El joven meneó la cabeza.

—¡Pobres ilusos! —exclamó—. Saben que no llegarían vivos allí, porqué antes habría pasado el tiempo suficiente como para agotar sus vidas. ¿A qué pues, empeñarse en un esfuerzo inútil?

—Esfuerzo inútil es el que nos condenaron nuestros antecesores. Vivamos o no, iremos a la Tierra.

—Y usted no la verá, Kerl —gruñó Tzarkoi.

—¿Piensan matarme? —preguntó el joven, impasible.

—¿Lo duda? —preguntó Tzarkoi.

—No. Su actitud así parece demostrarlo. Bien, como se decía antiguamente en ese planeta que ustedes tanto añoran, éste es uno de los riesgos de la profesión. Lo siento por usted, K'Dongo.

—¿Eh? —se sobresaltó el negro—. ¿Qué diablos quiere decir?

Kerl emitió una suave risita, de tonos apenas audibles.

—Sé lo que han hecho contigo, y lo que hicieron con el infeliz de Kurkle. Estos individuos, con tal de conseguir sus turbios fines, os cogieron a ti y a tu desgraciado compañero, y os hicieron el relato de lo que os había sucedido antes de que los médicos os causaran, quirúrgicamente, la pérdida de vuestra personalidad. Naturalmente, no os lo contaron todo, porque desconocen buena parte de los detalles de vuestra existencia anterior, y esto os irritó más todavía. Así fuisteis, en manos de esta pareja de criminales, sendos trozos de blanda cera que ellos moldearon a su gusto. ¿Lo entiendes ahora, K'Dongo?

Los ojos del negro brillaron con furor y sus dientes rechinaron sonoramente, en tanto que de su boca salían sordas imprecaciones.

Tzarkoi se alarmó. Extendió su mano armada hacia el negro.

—¡No le hagas caso, K'Dongo! ¿Es que no comprendes que lo único que pretende este individuo es predisponerte en contra nuestra?

—Kerl, cállese —dijo Stinnes, apretándole más aún el cañón de la pistola contra la espalda.

El joven encogió de hombros.

—Ya he dicho todo cuanto tenía que decir. K'Dongo, tú no eres tonto y la operación que te hicieron en el cerebro, sirvió únicamente para borrar todo recuerdo de tu vida anterior. Utiliza la inteligencia y piensa en lo que pretenden estos tipos de ti... y no dejes de recordar lo que le ocurrió a tu amigo.

—¡K'Dongo, si das un solo paso, dispararé contra ti! —chilló Tzarkoi.

Los músculos del negro se atirantaron bajo su brillante piel. Una mueca diabólica deformó su rostro y, repentinamente, sin previo aviso, levantó por los aires a Rhona y la lanzó bruscamente contra el delegado.

Rhona chilló agudamente al sentirse arrancada del suelo. Chocó contra Tzarkoi y los dos cayeron en confuso montón.

Kerl se dijo que aquél era el momento de actuar. Girando rápidamente sobre sí mismo, golpeó con el codo la pistola radiónica, enviándola a cuatro o cinco metros de distancia.

Stinnes lanzó un rugido de rabia al verse desarmado, y se arrojó sobre la pistola. Kerl llegó al mismo tiempo que él, y las dos manos la tomaron a un tiempo.

Los dientes de Stinnes crujieron al unirse prietamente sus mandíbulas. Pero su fuerza era notoriamente inferior a la del joven y la boca del arma se volvió, lenta e inexorablemente hacia su pecho. Hubo un destello cegador de luz y el delegado se convirtió en repugnante torbellino de humo, cuyas pestíferas volutas se fueron difuminando poco a poco.

Mientras tanto, Tzarkoi había conseguido desembarazarse del peso muerto que representaba la muchacha. La arrojó bruscamente a un lado, de un fuerte manotazo, y levantó la mano armada, en el instante exacto en que el negro se le echaba encima.

La pistola radiónica destelló un segundo y K'Dongo desapareció. Acto seguido, Tzarkoi la volvió hacia Kerl.

En el mismo momento, el joven se incorporaba. Disparó al mismo tiempo que Tzarkoi. Las dos descargas de energías, convertidas en deslumbrantes rayos de luz blanquísima, se cruzaron en el aire.

Kerl sintió que la cabeza le estallaba. Le pareció que, de repente, se zambullía en un globo de fuego y luego, ardiendo de pies a cabeza, se precipitó en un helado pozo sin fin.

* * *

Abrió los ojos mucho más tarde, no sabía cuánto, y la primera imagen que vio a su lado fue la de la muchacha.

—¡Hola! —sonrió.

Ella le sonrió también, a través de las lágrimas, pero éstas eran ahora de felicidad.

—¡Hola, Kerl! —dijo suavemente—. Me alegro de que te hayas despertado, al fin.

El joven se encontró un poco débil, pero no le concedió mayor importancia a la cosa, encontrándola perfectamente natural.

—Lo siento —dijo—; soy un dormilón.

—Ya lo creo —rió ella—; como que has estado sin sentido durante casi medio año.

La sorpresa recibida fue tan grande, que Kerl estuvo a punto de sentarse en la cama. Ella apoyó las manos en sus hombros, devolviéndole a su posición primitiva.

—¡Medio año! —exclamó, aturdido.

—Así es —dijo Rhona—, y sólo gracias a los desvelos del doctor Bazil estás con vida.

—Cuente también las noches que esta valiente muchacha ha pasado en blanco —dijo el aludido, penetrando en aquel momento—. Poco hubiera valido mi ciencia, de no haber sido por su abnegación, Kerl.

El joven miró a Rhona y ésta, enrojecida, bajó la mirada. Kerl hizo un

esfuerzo y le tomó una de sus manos, que ella cedió de buena gana.

—Tuvo mucha suerte, Kerl. Acaso otro no lo hubiera resistido, pero usted...

—¿Qué me ocurrió, doctor? —preguntó el joven, sin dejar de mirar a Rhona.

—El disparo de Tzarkoi, quien, dicho sea de paso, murió, sólo le rozó la sien. Mejor dicho, pasó a unos pocos centímetros de su cabeza, pero la inflamación del aire contiguo a la trayectoria de la descarga de energía, bastó para causarle graves lesiones en el cerebro, las cuales nos hemos visto precisados a restaurar, mediante delicadas y sucesivas intervenciones quirúrgicas, que han sido las que motivaron todo este tiempo de inconsciencia. Pero ahora ya está bien y dentro de muy poco podremos darle de alta.

—¡Ah! —exclamó Bazil, ya cerca de la puerta—. Entre paréntesis, la salud mental de los habitantes de la nave, ha mejorado, excelentemente y todos desean que se restablezca cuanto antes. Un día de éstos le van a hacer un homenaje y... ¿Sabe que nuestros ingenieros consiguieron hallar, al fin, las causas de la avería, y ahora conocen el medio de alcanzar, a voluntad, las grandes aceleraciones, así como el frenado suficiente en caso necesario?

—Es una noticia magnífica, doctor —dijo Kerl.

Bazil sacudió la cabeza.

—A ver si ustedes dos nos dan otra mejor muy pronto. Vaya, hasta la vista.

Cuando el médico se hubo ido, Kerl y Rhona se miraron.

—Rhona —dijo él.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes que, el día en que te cases, lo harás con un verdugo?

—Oh, Kerl; no me importa en absoluto. Yo te amo... y lo demás...

—Se me acusa de haber condenado y ejecutado a un criminal en una ocasión. La segunda parte no es cierta; el hombre se arrojó al espacio, antes de que, al igual que a K'Dongo y Kurkle, lo condujéramos al quirófano.

—Yo te quiero a ti —dijo ella, besándole suavemente—; el resto, amor mío, no tiene ninguna importancia.

En aquel momento, un estallido de alegría conmovió la nave de arriba abajo.

—¡Un planeta, un planeta! —se oía gritar por todas partes.

Tomaron tierra pocos días más tarde. Kerl aún un poco débil, lo hizo apoyado en el brazo de la muchacha. Respiró a pleno pulmón el aire del bosque, se bañó en los vivificantes rayos de la estrella que alumbraba aquel planeta y mojó sus manos, seguro de que no corría peligro alguno, en las rumorosas aguas de un arroyo cercano.

La gente se dispersó, loca de alegría. Kerl y Rhona, paseando, se asomaron a un punto elevado, desde donde se divisaba una gran cantidad de terreno.

—¡Mira! —exclamó la muchacha, de repente—. ¡Una casita!

—¡Está habitado el planeta! —repitió él, con acento de estupor.

La curiosidad pudo más que su debilidad. Se acercaron a la casa, advirtiendo, no sólo en su construcción, sino en los detalles de cuanto la rodeaba, que era una granja.

Una mujer, gruesa, de media edad y aspecto simpático, salió con el delantal lleno de grano, dando de comer a unas cloqueantes gallinas que la rodeaban ansiosamente. Estaba a mitad de la faena cuando vio a la pareja.

Una agradable sonrisa apareció en el rostro de la mujer.

—Vi aterrizar su nave no muy lejos de aquí, amigo —dijo, afectuosamente—. ¿De qué planeta vienen? Porque ahora, con esto de que se inventó el modo de viajar rápidamente a las estrellas, a cada día que pasa se descubre un nuevo planeta. Menos mal —suspiró la parlanchina granjera—; estábamos que ya no cabíamos aquí.

Kerl la escuchaba estupefacto, habiendo concebido una horrible sospecha, que no se atrevía a confesar. Para sí, se decía que estaban viviendo el final de una historia que leyera muchos años antes. Unos viajeros se habían extraviado en un desierto de arena, en el que no había la menor señal de referencia y, después de muchos días de caminar, habían descubierto sus propias huellas, lo cual les había dicho que, durante todo aquel tiempo, habían estado caminando en círculo.

La mujer no cesaba de charlar.

—Seguro que su nave tuvo una pequeña avería, ¿verdad? Vengan, vengan conmigo y les obsequiaré con un vaso de leche fresca y unas tortas. Las hago yo, ¿saben?

Kerl estrechó entre sus brazos a la muchacha. La mujer les miró con evidente simpatía.

—¿Prometidos? Se nota, vaya. Yo también tuve mi época, y, la verdad, la recuerdo con agrado. Mi marido es astronavegador...

Kerl carraspeó, tembloroso.

—Perdone usted, señora. Pero ¿le molestaría mucho decirnos qué planeta es éste?

La granjera cortó el chorro de su voluble charla. Abrió sus ojos, con expresión de pasmo y, al fin, acertó a contestar:

—¿Cómo? ¿Es que no lo saben? Pues... ¡la Tierra, naturalmente!



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

135. — Starman (El hombre de las estrellas). — C. Carrados.
136. — Regreso al futuro. — Law Space.
137. — El planeta de los hombres de oro. — Clark Carrados.
138. — Locura espacial. — H. S. Thels.
139. — Mundo de paz. — Clark Carrados.
140. — El fin del mundo. — Law Space.
141. — El gran peligro. — Roy Silverton.
142. — Espía de Sirio. — Clark Carrados.
143. — Yo, el monstruo. — Johnny Garland.
144. — La reina de las estrellas. — Clark Carrados.
145. — La venganza del cerebro. — Law Space.
146. — El mito de Fausto. — H. S. Thels.
147. — ¡Estaban con nosotros! — Law Space.
148. — El fin de Lemuria. — H. S. Thels.
149. — ¡Hola, terrícola! — Law Space.
150. — Ventana al futuro. — Clark Carrados.
151. — Mundo hostil. — H. S. Thels.
152. — «Jaque Mate». — Law Space.
153. — La ciudad monstruosa. — H. S. Thels.
154. — Parásitos cósmicos. — Law Space.
155. — El principio del Edén. — Clark Carrados.
156. — El tirano del Universo. — Johnny Garland.
157. — Lobos del espacio. — Clark Carrados.
158. — Los últimos selenitas. — Roy Silverton.
159. — Cárcel de acero. — Clark Carrados.



Escena de EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI, de Columbia Films.

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos